

LA AMBICION DEL TERRICOLA SNOCK

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA AMBICION DEL TERRICOLA SNOCK

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *¡Super-robot!* Curtís Garland.
2. — La llamada del Cosmos. Ralph Barby.
3. — El último día del Universo. Clark Carrados.
4. — *Sangre verde.* Ralph Barby.
5. — Conquistador de mundos. Clark Carrados.

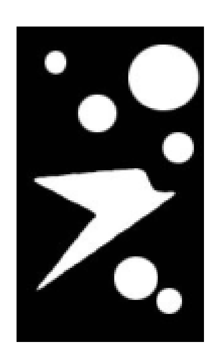
RALPH BARBY

LA AMBICION DEL TERRICOLA SNOCK

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 449

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 2.228 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Wong-Jo llevaba por control remoto el cuidado de la bodega de carga de la nave interplanetaria.

Movió los mandos a distancia de las telecámaras y la pantalla de TTV siguió apareciendo blanca, sin imagen y con un ruido de fondo bastante molesto. Frunció el ceño sobre sus ojos oblicuos, desconectó el circuito y se puso en pie.

— ¡Yordan!

Yordan T. Tracker, comandante de la nave interplanetaria, se volvió hacia su ayudante, uno de los cuatro hombres que realizaban aquel trabajo aparentemente sencillo y sin atractivos.

—Parece que las telecámaras de la bodega no funcionan, voy a revisar el circuito.

—De acuerdo, Wong-Jo. Si hay alguna emergencia, haz una llamada. Ya sabes que nos pagan bien por transportar tan valiosa carga.

—Sí, ya lo sé. Todo estará bien, se tratará de alguna desconexión.

La nave era grande, ideada para el transporte interplanetario. Los servicios para los tripulantes no eran excesivamente cómodos, sólo poseían la parte alta donde se ubicaban los camarotes.

Wong-Jo abrió una compuerta tipo estanco por si había fugas de aire en situaciones de emergencia y descendió por una escalerilla de caracol.

De inmediato, sus oídos se llenaron de rugidos, gruñidos y chillidos diversos.

A derecha e izquierda había grandes jaulas con paredes de grueso cristal. Al otro lado de estos cristales permanecían encerradas las bestias más extrañas, capturadas en el planeta Zamon.

Básicamente, los seres que habitaban el planeta Zamon eran aves, reptiles y mamíferos como en la Tierra; incluso podía decirse que muchos de ellos pertenecían a la misma familia, pero los que estaban encerrados en la bodega de la nave que ahora surcaba el espacio eran muy distintos, ciertamente exóticos a los ojos de los terrícolas.

Los zamonitas, seres bastante primitivos en su civilización si se les comparaba con los terrícolas que habían llegado con sus naves a Zamon, miraban a sus visitantes con manifiesta desconfianza.

Pese a su primitivismo, habían sabido darse cuenta de la superioridad de los terrícolas, que poseían armas y máquinas desconocidas para ellos.

Por su parte, los terrícolas se habían percatado también de lo escurridizos que eran los zamonitas ya que se filtraban entre las rocas por los agujeros más inverosímiles.

Se había descubierto que vivían en galerías muy profundas, con salidas múltiples. Si se aguardaba a que los zamonitas abandonaran sus refugios, se sufría una decepción, porque el zamonita rastreado podía aparecer millas más lejos, corriendo por su selva, y luego volvía a desaparecer.

Era como si el planeta Zamon estuviera repleto de agujeros como una partícula de carbón activo.

Las aves, reptiles y mamíferos transportados en la nave habían sido seleccionados cuidadosamente y por parejas para asegurar su reproducción. Incluso se había probado científicamente que las parejas elegidas eran aptas para reproducirse. En aquella misión, nada parecía hecho al azar.

Todos los animales, estaban excitados, desde las extrañas aves de colores chillones que se estrellaban contra los cristales de su encierro pretendiendo escapar, a los saurios de crestas dorsales que imponían y que estaban armados con poderosas mandíbulas capaces de partir a un terrícola en dos mitades de una sola dentellada.

Algunos de los mamíferos transportados eran felinos rinocéfalos de temibles proporciones. Sus garras podían descortezar los árboles más gruesos y duros con suma facilidad y sus dientes eran, cada uno

en sí mismo, una temible daga.

Aquellas bestias, feroces y carnívoras en su mayoría, se abalanzaban contra los cristales con una furia inusitada. Era como si, de pronto, hubieran enloquecido.

Wong-Jo estaba seguro de la resistencia de las paredes de cristal, pero no comprendía lo que pasaba. Quizá les hiciera falta una dosis de gas tranquilizante… Desvió su mirada hacia el ojo de la telecámara.

De súbito, un chillido que tenía mucho de aullido retumbó en los oídos de Wong-Jo. Cuando se volvió, ya era tarde.

Un pollack, de un salto que más parecía un vuelo, cayó sobre el sorprendido terrícola.

Los pollack eran unos antropoides de Zamon y su aspecto recordaba a los orangutanes terrestres, mas su ferocidad era muy superior. No eran tan gruesos y sí más altos y además de colmillos prominentes poseían unas durísimas uñas que podían calificarse de garras, capaces de abrir en canal a un terrícola o a un ser de Zamon.

Los pollack eran de un color parduzco y tenían una cola prensil que empleaban con terrible efectividad.

Wong-Jo quiso esquivar a aquella fiera, pero no lo consiguió.

En medio de ensordecedores chillidos y aullidos, Wong-Jo luchó contra la fiera cuando, en uno de aquellos saltos voladores, llegó también sobre él la hembra del pollack, ayudando a su compañero.

La cola de la hembra rodeó el cuello del cosmonauta.

Wong-Jo, que sentía como la maldita cola del antropoide le estaba estrangulando, alargó su mano hacia el cinturón para alcanzar el telecomunicador. Lo tocaba ya con las yemas de sus dedos cuando el pollack macho hundió las zarpas en el pecho del hombre y abrió sus carnes, haciendo salir las vísceras.

Wong-Jo hubiera gritado de dolor ante aquella tortura mortífera, mas la cola que rodeaba su garganta como una soga de ahorcado, se lo impidió.

Wong-Jo perdió la vida ante sus atacantes que se empaparon de su sangre. Al verle vencido, los pollack gritaron de satisfacción por haber conseguido derrotar al terrícola que los mantenía dentro de una

jaula que ellos, al parecer, habían conseguido abrir.

Mientras Wong-Jo se desangraba en el suelo ya muerto, desviscerado, los dos antropoides saltaron triunfantes de un lado a otro, golpeando los grandes cristales de las jaulas.

Cada jaula poseía una puerta lateral. Dando muestras de gran habilidad, la pareja de pollack se dedicó a abrir varias de ellas y distintos animales de Zamon escaparon, gritando como enloquecidos.

Los dos feroces antropoides, gracias a sus larguísimos saltos, llegaron a la escalera y por ella treparon hacia lo alto.

Wong-Jo no había conseguido dar la alarma y sus compañeros ignoraban el peligro que corrían en aquellos momentos.

—Es raro que Wong-Jo no haya dicho nada —observó Lanky.

— ¿Miklos está durmiendo todavía?

—Seguro, es su turno de descanso y Miklos es de los que duermen como un tronco.

Yordan T. Tracker se situó frente a la mesa de control que un rato antes abandonara Wong-Jo y movió los mandos para ver si conseguía ver algo a través de la pequeña pantalla. Sólo vio blanco y comentó en voz alta:

—No ha podido arreglar nada.

— ¿Voy a ver qué hace?

—No, ya iré yo, a ver si le puedo echar una mano.

Yordan T. Tracker no quiso traspasar su preocupación a Lanky. En realidad, no le gustaba nada que Wong-Jo no se hubiera comunicado con él, para lo que le habría bastado emplear el telecomunicador que todos llevaban encima. Algo debía ocurrir en la bodega.

Avanzaba por el pasillo cuando se encontró frente a frente con los dos feroces y asesinos pollack.

Yordan T. Tracker sabía lo peligrosos que eran aquellos antropoides del planeta Zamon y también era consciente de lo valiosos y difíciles de capturar que resultaban.

Eran la pareja de animales más importante que transportaban; Salomón Snock, el poderoso terrícola que financiaba aquella operación denominada «Arca de Noé cósmica», se iba a molestar mucho si se perdía.

El pollack macho lanzó una mezcla de chillido y aullido que hizo vibrar las paredes del interior de la nave interplanetaria, y los dos antropoides se lanzaron sobre Yordan con las mismas intenciones con que atacaran a Wong-Jo.

Yordan, que no portaba armas en aquel momento, retrocedió. Un cuerpo a cuerpo con aquellas bestias sería fatídico para él. .

El macho antropoide logró alcanzarle, pero no herirle. Yordan le propinó una patada que le hizo rodar por el suelo, mas no llegó a dejarlo tendido, pues el pollack se repuso inmediatamente.

Como fieras que eran, no acusaban los golpes como podía hacer un ser inteligente. Tratar de sujetarlos era como intentar inmovilizar a un lobo terrícola; antes se rompería la pata que quedarse quieto.

Sin perderles de vista, pues sabia los saltos que eran capaces de dar, se fue acercando al extintor de incendios manual.

La hembra pollack chilló con mucha fuerza, lo que semejó empujar al macho a atacar de nuevo con más virulencia, mostrando sus garras y sus colmillos de casi dos pulgadas de largo.

Dispuestos a descuartizar al hombre, casi voló sobre él, mas Yordan consiguió hacerse con el extintor. Pulsó el botón cuando ya la fiera caía sobre él y el gas antiincendios le dio de lleno en el rostro, medio atontándole y haciéndole aullar.

La hembra se quedó rezagada, asustándose al ver al macho caído.

— ¡Vamos, un poco más! —rugió Yordan, y volvió a dispararle más gas.

La fiera se revolvió y con la cabeza gacha optó por la huida.

Con el extintor en sus manos, Yordan les persiguió, lanzándoles de vez en cuando aquel gas que no les perjudicaba y si les asustaba.

La pareja de pollack desapareció por la escalera que conducía a la bodega. Yordan miró hacia abajo y vio varios animales sueltos.

Lo que le hizo cerrar los ojos de rabia e impotencia fue ver al poderoso rinodinosaurio que mordía entre sus fauces algo más de una pierna completa de Wong-Jo mientras otros animales se disputaban el resto del cuerpo descuartizado.

— ¡Dios!

Cerró la puerta y pasó el cerrojo. Pulsó un botón de su telecomunicador y llamó:

— ¡Lanky, Lanky!

—Yordan, ¿sucede algo?

— ¡Rápido, los equipos lanzanarcóticos, rápido!

—En seguida.

Lanky se ocupó de avisar a Miklos y los tres terrícolas no tardaron en estar frente a la puerta. Se colocaron a la espalda las botellas de gases narcotizantes mientras se protegían los rostros con caretas.

—No están todos sueltos, sólo algunos, pero son los más peligrosos.

Abrió la puerta y se lanzaron escaleras abajo. Inmediatamente, un felino rinocéfalo, profiriendo un rugido, se lanzó contra ellos. Yordan le disparó el gas narcotizante, alcanzándole de lleno.

El animal, al verse envuelto en aquella nube, se asustó, desviándose en su trayectoria. Al poco, rodaba por el suelo, debatiéndose por no perder la conciencia; para él quedar dormido era como morir.

Lanky y Miklos comenzaron a lanzar gases en todas direcciones.

El rinodinosaurio se resistía, lanzando rugidos. Enfurecido, se alzaba de manos y su cresta dorsal semejaba hincharse y colorearse de rojo mientras daba dentelladas al aire que sonaban como chasquidos metálicos.

Los que aún no se habían dormido eran los dos pollack que al ver cómo caían las otras bestias, a cual más feroz, ante la represalia narcotizante de los terrícolas, se fueron retirando hasta que Yordan vio cómo se introducían por sí mismos en su propia jaula.

Yordan corrió a cerrar la puerta de la jaula, colocándole el cierre de seguridad para que no volvieran a abrirla con su habilidad manual. Después se volvió hacia Miklos y Lanky *el Largo,* pues era un joven que sobrepasaba en varios centímetros los dos metros de estatura. Entre los dos, terminaron de dormir a las bestias del planeta Zamon.

No podían quitarse las caretas o ellos mismos habrían quedado narcotizados por los gases que inundaban toda la bodega.

Yordan se liberó del lanzagases y se acercó al bulldozer polivalente. Montó en él y lo puso en funcionamiento. Acercándose a la primera de aquellas grandes bestias, pasó por debajo de ella con la ayuda de Miklos y Lanky que, sin mediar palabra, comprendieron lo que tenían que hacer.

Cargó con la primera de las bestias gracias a la fuerza de los motores del pequeño bulldozer y la desplazó hacia su jaula.

Una a una fueron encerrando de nuevo a las peligrosísimas bestias hasta que todas quedaron tras las paredes de cristal de sus jaulas.

Los dos feroces pollack no estaban dormidos del todo, pero por el aire lleno de narcótico iban vacilantes de un lado a otro, observando lo que ocurría. Poco a poco, ellos también se durmieron.

Tras dos horas de trabajo, todo volvió a la normalidad.

Los animales se hallaban encerrados de nuevo, pero en el suelo quedaban desperdigados los restos de Wong-Jo, sangre, huesos, pedazos de vísceras a medio comer...

Miklos recogió los restos con sus manos enguantadas y los colocó dentro de una bolsa de plástico que cerró con una cremallera hermética.

Lo sacaron de la bodega mientras Lanky, con una manguera, lavaba el suelo, sintiéndose repleto de rabia por lo ocurrido; pero no podía culpar a los animales, éstos habían actuado como era propio en ellos. Eran depredadores y carnívoros, ¿qué se podía esperar de ellos si quedaba a su alcance un ser vivo?

Por otra parte, tampoco se les podía reprochar que estuvieran furiosos por hallarse encerrados en jaulas cuando su medio era la libertad en zonas arbóreas.

Cerraron la bodega y pusieron al máximo de potencia el filtro renovador del aire. Ya a salvo, se quitaron las caretas antigás y se miraron entre sí.

— ¿Qué hacemos, Yordan?

La pregunta acababa de hacerla Lanky *el Largo*; había una gran camaradería entre Yordan y sus ayudantes.

— ¿Cómo ha podido ocurrir? —se preguntó Miklos en voz alta, visiblemente emocionado ante la muerte de Wong-Jo.

Los cuatro habían formado un grupo más de amigos que de compañeros de trabajo en el que Yordan T. Tracker era el jefe y comandante de vuelo.

—Estas tragedias nunca se sabe cómo empiezan —opinó Yordan que conocía a Wong-Jo desde que era un muchacho que buscaba el medio para convertirse en cosmonauta civil y él le había ayudado a conseguirlo.

—Este viaje parece maldito. ¿Para qué convertirnos en un Arca de Noé espacial? —gruñó Lanky lanzando una mirada a la bolsa de plástico cerrada herméticamente que ya no tenía ni siquiera forma humana. Eran los restos amontonados del que había sido amigo y compañero.

—No hablemos de maldiciones. Somos cosmonautas totalmente racionales y los accidentes ocurren. El cierre de la puerta de esos feroces antropoides no debía estar bien, esta nave es algo vieja.

— ¿Y por qué no disponemos de una nave nueva y en perfectas condiciones? —se lamentó Lanky con los ojos apretados para evitar que le saltaran las lágrimas.

—Es la nave que nos han proporcionado para este trabajo. Yo tengo mi nave, la conocéis bien, no está mal, pero no sirve para este transporte masivo de fieras a través del espacio. Salomón Snock nos ha proporcionado ésta y nos paga bien; hemos aceptado el trabajo y debemos seguir adelante.

— ¿Corriendo estos peligros?

—Cuando lleguemos a nuestro destino, el planeta Priam, exigiremos otra nave.

— ¿Y te la darán? —preguntó Miklos, escéptico.

—Posiblemente, no, pero servirá para exigir una reparación total de esta nave, una revisión a fondo hasta conseguir el noventa y cinco por ciento de fiabilidad como mínimo.

— ¿Crees que conseguirás que revisen esta nave? —preguntó Miklos.

—Seguro, de lo contrario no llevaremos a cabo los viajes que nos faltan y a Salomón Snock le va a resultar difícil encontrar quien se los haga.

Dos horas más tarde, Yordan Tracker se situó en la recámara de despresurización. Se colocó el traje de supervivencia espacial mientras la bomba de aspiración absorbía el aire del compartimiento. Después, se encendieron luces rojas y verdes.

—Yordan, está a presión cero —le dijo Miklos a través del intercomunicador.

Yordan, captando la llamada por el receptor incorporado en su yelmo, respondió:

—Bien, abre la escotilla.

La escotilla daba al espacio, al cosmos repleto de miríadas de estrellas con sus innumerables misterios, indescifrables aún para la inteligencia de los terrícolas.

A través del cristal del yelmo, Yordan miró hacia las estrellas que tan bien conocía por haber viajado guiándose por ellas. Las conocía una a una de tanto verlas en derredor suyo, sin atmósferas que las enturbiaran.

Nunca le habían parecido tan frías, tan silenciosas como en aquel momento que las contemplaba a través de la escotilla abierta. Había salido en varias ocasiones por aquella escotilla para efectuar reparaciones en el casco de la nave por su lado exterior.

—Adiós, compañero.

Tomó el saco de plástico que contenía los restos descuartizados de Wong-Jo y los arrojó al vacío donde quedaron flotando cerca de la nave, como si no quisieran alejarse de ella.

Yordan se dijo que no había mejor tumba para un cosmonauta que el propio espacio infinito.

Los restos humanos viajarían por toda la eternidad a menos que se sintieran atraídos por la gravedad de algún desconocido planeta o de una estrella donde terminarían desapareciendo, convertidos en energía en medio de una ignición total.

Poco a poco, el saco fue alejándose más y más hasta que Yordan lo perdió de vista. Jamás volvería a ver a Wong-Jo.

— ¡Miklos!

—Te escucho —respondió a través del intercomunicador.

—Puedes cerrar la escotilla. Wong-Jo ya no está con nosotros.

CAPITULO II

El planeta Priam era un astro muerto, sin atmósfera, con un paisaje desoladísimo sólo comparable al que podía hallarse en la Luna del planeta Tierra, sólo que Priam era mucho mayor y sus cráteres más profundos, lo mismo que sus gargantas que unían y separaban unas cordilleras de otras.

No se podía decir que Priam fuera un planeta rentable para la explotación de sus minerales.

Había pocas colonias mineras que explotaban algunos

yacimientos de elementos radiactivos y también un meteorito gigante que se hallaba en lo más hondo de un cráter abierto por el propio meteorito al impactar contra la masa del planeta.

Aquel meteorito poseía gran cantidad de metales en estado puro y súper ultra prensados, lo que les hacía muy valiosos para su utilización, ya que sus resistencias eran superiores.

Pero todo esto no era lo más importante del planeta Priam, sino la colonia construida por el superpoderoso Salomón Snock, propietario de múltiples explotaciones en distintos planetas y de un buen número de naves espaciales. Era dueño de tantas y tantas cosas que era de temer.

Los técnicos y científicos que trabajaban para Salomón Snock habían levantado una gigantesca bóveda sobre uno de los cráteres más grandes y seguros del planeta Priam, un cráter profundísimo que poseía unas paredes verticales cortadas a pico y que él había hecho hormigonar para asegurarse de que no habrían desprendimientos.

Aquel cráter tendría un radio de casi cincuenta kilómetros y la planta del primer piso se hallaba a cien metros de profundidad, por lo que no resultaba en absoluto opresivo permanecer en ella.

Había sido provista de una red de arroyos artificiales y la vegetación era abundante. Tenía luz solar fabricada artificialmente, una temperatura de veintidós grados permanentes y una humedad controlada del sesenta por ciento. Aquel sistema ecológico parecía perfecto.

Paseando por aquel gigantesco terrario artificial, uno perdía la noción de hallarse en un planeta estéril y hostil.

En las plantas más bajas se hallaban los servicios, los dormitorios, la maquinaria para que todo funcionara sin problemas.

Muchos eran los que comentaban que Salomón Snock había hecho construir aquella colonia ecológica y tecnológicamente perfecta para recluirse en ella y aislarse del resto del mundo; pero estaban equivocados.

Nadie sabía con exactitud lo que pasaba por la mente de aquel hombre terrícola superpoderoso al que le bastaba chasquear los dedos para que se le entregara el capricho que pidiera, fuese el que fuere.

Se pensaba que Salomón Snock tenía todo cuanto deseaba y más,

pero no era así. Salomón Snock deseaba algo que aún no había conseguido, pero no estimaba oportuno revelarlo. Podía perjudicarle y mucho que alguien se enterase de cuáles eran sus proyectos en aquellos momentos.

La gigantesca nave carguera quedó encerrada en el enorme hangar subterráneo del astropuerto del planeta Priam.

Los servidores del hangar, con los medios electromecánicos de que disponían, comenzaron a descargar las grandes jaulas en que venían encerradas las fieras capturadas vivas en el planeta Zamon.

Yordan T. Tracker observó a los pollack que rugían y aullaban dentro de su jaula, dando saltos de un lado a otro, enfurecidos. Yordan pensó que iba a resultar muy difícil aclimatar a aquellos feroces antropoides a una nueva vida donde su espacio vital fuera reducido.

—Son temibles, ¿verdad?

La voz que acababa de interpelarle era dulce, joven y femenina.

Yordan volvió la cabeza y junto a él descubrió a una bellísima mujer que vestía casaca dorada con franjas rojas en la cintura y en los brazos. Poseía unos maravillosos ojos azul-violeta y el cabello rubio, espeso y lacio, le caía por la espalda.

—Hum... ¿Eres una nueva empleada de Salomón Snock?

—Me llamo Ivanka y pertenezco al departamento de relaciones públicas. Precisamente venía a buscarle.

— ¿A mí?

—Sí.

— ¿Snock quiere verme?

—Así es.

—Magnífico, yo también quería verle a él y en seguida.

—Pues sígame.

—Un momento —pidió Yordan.

La espléndida mujer miró las jaulas y luego preguntó:

— ¿Ocurre algo?

—No, sólo quería pedirte que me tutearas.

Ella sonrió.

—Si sólo es eso. —Y echó a andar.

Yordan la dejó avanzar unos pasos antes de seguirla, así pudo admirar su figura, sus piernas, la redondez de sus caderas. Sus movimientos al caminar eran sensualmente atractivos.

El problema de muchos cosmonautas era que debido a los largos viajes por el espacio pasaban mucho tiempo sin la compañía de las mujeres.

En muchas naves se procuraba que en la dotación las hubiera; ocasionaban algunos problemas, pero evitaban otros peores causados por la frustración y la melancolía de los hombres que cuando pasaban muchas semanas sin compañía femenina semejaban desinflarse anímicamente.

En compensación, cuando arribaban a las bases, se resarcían cuanto podían de la carestía pasada durante el viaje.

Ivanka, como si se hubiera dado cuenta de que la estaban admirando, se volvió y preguntó sonriente:

— ¿Me sigues?

—Sí, claro, yo también tengo ganas de ver al poderoso Snock.

Encontraron a Salomón Snock frente a uno de los terrarios que poseía en aquel zoo privado, un terrario con su laguito para completar el ciclo ecológico.

Snock no estaba solo, le acompañaban tres de sus hombres de confianza.

Uno de ellos era Igor Karpov, su jefe de seguridad privada, un individuo con mentalidad de policía militar, pues se había educado en ella, aunque la había abandonado para ponerse a las órdenes del poderoso Salomón Snock.

Otro de los ayudantes le proporcionaba un hámster, Snock lo acariciaba mientras lo sostenía entre sus manos.

—Ah, Yordan, estaba deseando que llegaras. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Mal —contestó tajante.

Ivanka le miró de reojo; Salomón Snock ni eso hizo, vigilaba las aguas del terrario.

— ¿Mal, acaso se ha perdido algún ejemplar de los que tenían que llegar a mi zoo privado?

—No, no se ha perdido ningún ejemplar, pero ha muerto uno de mis hombres.

—Vaya, lo siento —hizo una ligera pausa—; son cosas que pasan, en todos los trabajos siempre hay riesgos.

—Los pollack fueron los asesinos y el resto de los animales terminaron devorándolo —explicó Yordan.

—Conque los pollack, ¿eh? Esos simios del planeta Zamon son muy feroces, lástima que sólo sean animales sin inteligencia, de lo contrario se les podría hacer la guerra. Para los pollack, matar a otro animal es ley de vida y, para ellos, nosotros somos animales enemigos suyos. Fijaos —y lanzó el hámster dentro del terrario.

El pequeño roedor cayó de pie, dio unas vueltas y quedó quieto, expectante.

En la superficie del agua, como si hubieran captado la vibración del suelo al caer en su recinto un extraño, aparecieron dos pares de ojos. Por encima de ellos asomaron también sendos cuernos muy afilados y de color negro.

De pronto, uno de aquellos seres, tras fijarse en su presa desde el interior del agua, saltó y fue a caer junto al hámster, que se asustó al ver aquella bestia de aspecto siniestro, piel superendurecida y extremidades terminadas en pies y manos palmípedas que les permitían nadar y a la vez dar grandes saltos, dentro y fuera del agua.

El roedor quiso huir, mas ya era tarde.

Había sido arrojado al terrario para convertirse en festín de los seres allí recluidos. Uno de ellos se lanzó contra el hámster, ensartándolo con sus afilados y largos cuernecillos. El roedor chilló, debatiéndose por escapar, mas no tardó en arribar junto a él el otro

anfibio que también le ensartó con sus cuernecillos.

—Ya está perdido —rezongó Salomón Snock, complaciéndose en aquella lucha a muerte en la que el hámster no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir—. Son batracios cornudos del planeta Zamon y especialmente carnívoros —explicó—. Hay que atenderles bien. Si no matan ellos mismos a sus víctimas, no comen y si no comen, se mueren, son muy escrupulosos. La sangre ha de ser caliente para que se alimenten sin problemas, por eso hay que lanzarles las presas vivas.

Ivanka había ladeado la cabeza para no ver el espectáculo que resultaba francamente desagradable.

—Parece que escoge los animales más carnívoros que encuentra —gruñó Yordan Tracker.

—En realidad no es así, también escojo a los herbívoros, sólo que particularmente me apasionan más los carnívoros, no puedo remediarlo. La vida es una lucha constante por la supervivencia y ver cómo un animal se come a una planta carece de gracia para mí. —Suspiró mientras los dos bichos cornudos con aspecto de sapo daban cuenta de su víctima—. Bien, Yordan, si el viaje ha ido bien ya puedes ir preparando el próximo, en Zamon deben estar capturando nuevos ejemplares. Quiero traer aquí las parejas de todos los animales más importantes y extraños del planeta Zamon; por los vulgares no hay que preocuparse, en el planeta Tierra ya los tenemos y también en otros astros que hemos descubierto con flora y fauna.

—El viaje no ha ido bien —insistió Yordan, sombrío.

—Ah, sí, has dicho que ha muerto uno de los tripulantes. El seguro corre con ese riesgo, ¿no?

—Supongo que sí, pero, que yo sepa, Wong-Jo no tenía familiares.

—Tanto mejor. ¿Acaso hay otros problemas?

—Sí.

— ¿Cuáles?

—Necesito una nave mejor dotada.

— ¿De tripulación?

—De la tripulación me encargo yo, me refiero a la nave concretamente.

—Pues lo siento, pero ésa es la nave de mayor capacidad j que poseo en mi flota para el transporte interplanetario.

—Esa nave necesita mejoras técnicas, hay que aumentar su fiabilidad.

— ¿Sabes, Yordan, que podría contratar a otro equipo de j cosmonautas?

—Lo sé, la nave de transporte es suya. Yo cogería mi nave y me iría a otra parte; usted paga bien, pero no es el único que puede darme trabajo.

—No te precipites, Yordan, no voy a rescindir tu contrato, lo haces bien. La nave será revisada y dotada con los elementos que tú consideres necesarios para hacerla más segura, tampoco quiero que se pierdan los ejemplares de animales que se capturan para mí en el planeta Zamon. Espero que estas revisiones no signifiquen un retraso para los próximos viajes.

—Eso dependerá de sus técnicos; no “habrá más retraso que el tiempo que ellos empleen para dotar a la nave de las seguridades que son imprescindibles. En realidad son obligatorias dentro de las normas de la carta espacial de la Confederación Terrícola.

—Aquí no rige esa carta espacial.

—Rige allá donde quiera que haya terrícolas —le corrigió Yordan.

—Yordan, esa carta espacial no rige en el sistema estelar de Rigil Kent; aquí no hay más representación de la Confederación Terrícola que yo. Si mis naves o mis colonias fueran atacadas, ¿me defendería la milicia espacial terrícola?

—No, porque usted se ha salido del área de protección que marca la carta espacial de la Confederación.

—Exacto, estamos fuera de los límites de su jurisdicción y si aquí no gozo de derechos, tampoco tengo por qué cumplir con los deberes.

—Eso sería como decir que usted es aquí una especie de

emperador, dictador o como quiera llamarlo y que puede imponer su ley porque paga a hombres que le obedecen.

—Te ha costado un poco comprenderlo, Yordan —se rió levemente, muy seguro de sí. Salomón Snock era un hombre grande, fornido, un hombre corpulento que caminaba pisando fuerte y sabía que dominaba con su poder, un poder que no estaba basado en la fuerza física sino en sus riquezas que aumentaban constantemente y con las que podía permitirse pagar a sus mercenarios que, según había justificado ante una comisión de la Confederación Terrícola, le eran imprescindibles para proteger sus flotas espaciales y sus colonias, ya que operaba más lejos de las áreas custodiadas por la milicia espacial.

Si había que explorar y explotar otros planetas, no podía hacerlo indefenso, corriendo el riesgo de ser atacado en cualquier momento y exponiendo las vidas de cuantos trabajaban para él ganando espléndidos salarios.

Todas aquellas razones no habían convencido por completo a la comisión investigadora, ya que estaba prohibido que nadie tuviera su milicia particular, fuera grande o pequeña; sin embargo, en la votación final, y por escaso margen, Salomón Snock había conseguido sus propósitos y se rumoreaba que gracias a haber sobornado a algunos de los comisionados con derecho y deber de voto.

—Yordan, eres un buen ejemplar de cosmonauta. Estoy seguro de que cuando termines de llenar este zoo tan especial que tengo en esta colonia del planeta Priam, te contratarás conmigo para algo más serio e importante.

— ¿Por ejemplo?

—Podría convertirte en el comandante de mi flota espacial de seguridad. Poseerías la nave más moderna que exista y sería un empleo muy bien pagado. Cuando te retiraras, podrías regresar a la Tierra e instalarte en las zonas de recreo más lujosas, como sólo unos pocos afortunados pueden hacer.

—No me interesan los cuerpos paramilitares de tipo privado; nunca se sabe contra quién van a tener que luchar.

—Tendrás tiempo para reflexionar, Yordan, tendrás tiempo. Ahora, tú y tus subordinados podéis permanecer en la colonia sin problemas hasta que la nave sea mejorada tal como exiges. Todo lo que pidas o consumas será por cuenta mía. Te proporcionaré una tarjeta de consumo con cuenta ilimitada.

— ¿Y mis hombres?

—Lo mismo. Ivanka...

— ¿Sí, señor Snock?

—Encárgate de que tengan las tarjetas de consumo libre.

—En seguida, míster Snock.

—Se tapa fácilmente con dinero la muerte de alguien, ¿eh?

Salomón Snock se quedó mirando a Yordan, como sorprendido.

—No me harás responsable a mí de su muerte, ¿verdad?

—No, pero Wong-Jo ha muerto trabajando para usted.

—Yo le pagaba bien, sino, no habría aceptado el trabajo. ¿Me has dicho que murió devorado por los animales?

—Sí, los pollack tuvieron la culpa. Hay que encerrarles muy bien porque poseen unas manos muy hábiles para abrir puertas.

—Lo tendremos en cuenta para que no se produzca ningún accidente más. —Suspiró—, No creo que te sirva de consuelo, pero te diré que en la captura de estas especies, allá en el planeta Zamon, han muerto varios cazadores. Es un trabajo muy arriesgado, por eso pago bien, y el que no quiera trabajar para mí puede marcharse en la nave correo cuando guste. Yo no voy a retenerle, tengo más ofertas de personas que desean trabajar para mí de las que por ahora me hacen falta.

Yordan se dio cuenta de que Igor Karpov le observaba con mucha atención y aquel hombre era peligroso.

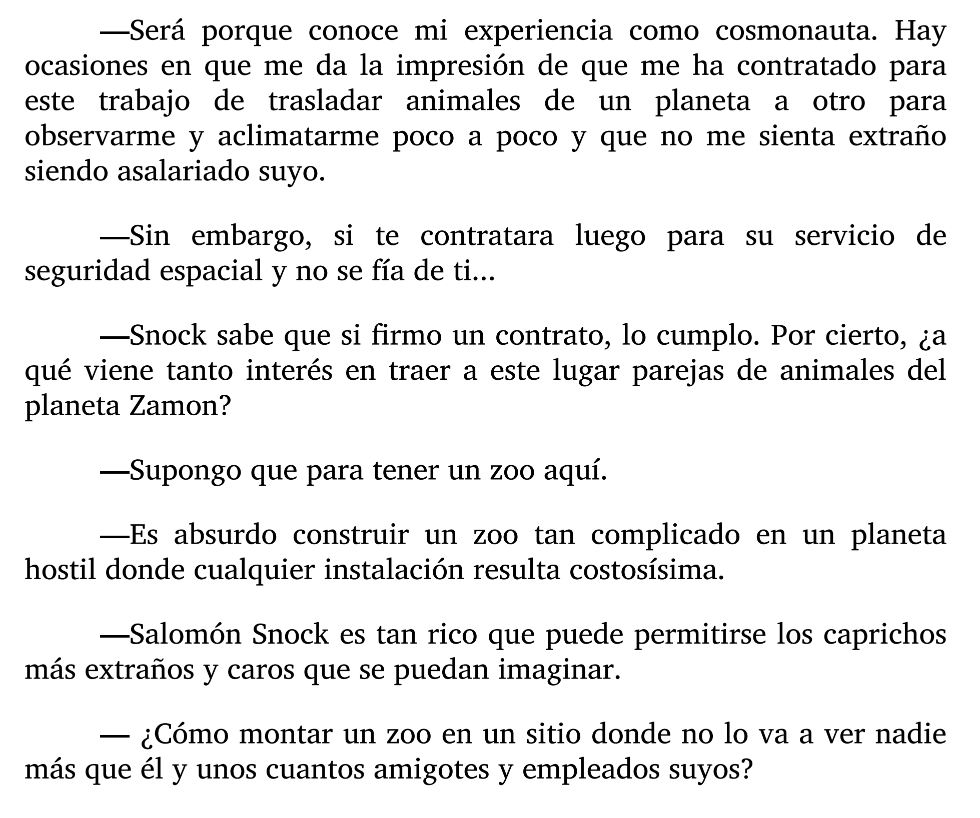
Yordan estaba seguro de que aquel sujeto tenía la mente sucia de sangre; si Salomón Snock lo tenía junto a sí, pagándole generosamente, era porque tramaba algo especial.

—No simpatizas con Salomón Snock, ¿verdad?

La bellísima Ivanka le sacó de su ensimismamiento.

—No me gusta, es cierto, y no me importa decírselo a la cara.

—Entonces, no comprendo por qué te contrata.



—Será porque conoce mi experiencia como cosmonauta. Hay ocasiones en que me da la impresión de que me ha contratado para este trabajo de trasladar animales de un planeta a otro para observarme y aclimatarme poco a poco y que no me sienta extraño siendo asalariado suyo.

—Sin embargo, si te contratara luego para su servicio de seguridad espacial y no se fía de ti…

—Snock sabe que si firmo un contrato, lo cumplo. Por cierto, ¿a qué viene tanto interés en traer a este lugar parejas de animales del planeta Zamon?

—Supongo que para tener un zoo aquí.

—Es absurdo construir un zoo tan complicado en un planeta hostil donde cualquier instalación resulta costosísima.

—Salomón Snock es tan rico que puede permitirse los caprichos más extraños y caros que se puedan imaginar.

— ¿Cómo montar un zoo en un sitio donde no lo va a ver nadie más que él y unos cuantos amigotes y empleados suyos?

—Quizá, aunque yo ignoro lo que pueda pasar por la mente de Snock.

—No puedo quitarme de la cabeza que es un capricho rarísimo.

—Eres muy suspicaz. ¿Sospechas algo?

—La verdad, no sé qué pensar, no comprendo esta actitud. Salomón Snock es un individuo que gusta de rodearse del lujo y de mujeres bonitas como tú.

Ivanka se puso tensa y replicó:

— ¿Crees que trabajo aquí para divertir a Snock?

—Supongo que trabajas muy bien, pero si hubiera sido una mujer fea la que solicitara el empleo que tú tienes ahora, posiblemente no se lo hubiera dado.

—He debido darme cuenta desde el principio de que estás obsesionado por el sexo.

— ¿Yo?

—Sí, tú.

—En todo caso, quien te paga para verte cerca a cada momento es Salomón Snock. ¿Cuántas chicas trabajan para él?

Ivanka se puso furiosa y no quiso responder. Echó a andar para que Yordan la siguiera y, al poco, varias muchachas pasaban junto a ellos en dirección contraria.

Cuchichearon entre ellas al ver a Yordan e Ivanka se puso más molesta al darse cuenta de que Yordan no iba desencaminado respecto a que Salomón Snock gustaba de rodearse de mujeres bonitas.

CAPITULO III

Ni Miklos ni Lanky *el Largo* semejaban divertirse en la colonia propiedad de Salomón Snock y ubicada en el planeta Priam, pese a que allí parecía haber de todo.

La elevada cúpula de cristal que cubría por completo el hueco del cráter daba la sensación de cielo debido a la gran altura a que se hallaba colocada, aunque exteriormente estuviera casi a ras de la superficie del planeta.

Los arquitectos e ingenieros empleados por Salomón Snock habían tenido la excelente idea de colocar la primera planta muy abajo y en ella crecían los árboles con normalidad.

El aire respirable era puro y, periódicamente, se producían

lluvias por aspersión que caían desde lo alto, lo que hacía que el ciclo ecológico resultara perfecto o casi perfecto.

Las elevadas paredes que circundaban el cráter daban la sensación de hallarse dentro de un valle verde y fértil. Bajo este valle, a veinte metros de profundidad, pues éste era el espesor de tierra que se dejaba para que las raíces pudieran extenderse con normalidad, estaban las otras plantas del subsuelo donde se hallaban los servicios, diversiones varias, el club, la sala de proyección, restaurantes y dormitorios.

En lo más hondo del cráter, allá donde se podía llegar mediante un ascensor, estaba la potentísima pila nuclear que daba fuerza eléctrica y motriz a toda la colonia.

Cualquiera hubiera podido pensar que aquello era una isla paradisíaca, sin mar que la rodeara, olvidándose de la hostilidad de un planeta inerte y frío como era Priam.

Lanky *el Largo* y Miklos, pese a deambular por el club y las salas de proyección, pese a sentarse frente a las pantallas de televisión tridimensional y a color para ver espectáculos eróticos, no conseguían desprenderse del profundo malestar que les había producido la pérdida de su compañero Wong-Jo.

Yordan T. Tracker había estado ocupado cambiando impresiones con los ingenieros espaciales que revisaban la nave interplanetaria carguera.

Yordan exigía mejoras y modificaciones; había estado navegando con ella por el espacio y sabía muy bien cuáles eran sus defectos.

Aquel trabajo intensivo había conseguido arrancarle de la cabeza el desagradable accidente ocurrido a Wong-Jo.

— ¿Ocupado?

—Ah, hola, Ivanka —saludó, viendo a la joven que le sonreía.

—No te he visto por el club ni por la sala de proyecciones.

—He estado muy ocupado, quiero acabar cuanto antes todas estas revisiones y mejoras. Deseo terminar el encargo de Snock, cobrar y dedicarme a otras cosas.

— ¿Tienes planes para el futuro?

—Algunos.

— ¿Te apetece un paseo a caballo?

— ¿Un paseo a caballo? —se asombró Yordan—. ¿Hay caballos aquí?

—Sí. Las dimensiones del parque no permiten correr mucho, pero bastan para pasear.

—De acuerdo, puede ser muy agradable. Ahora sólo vengo pensando en conexiones y tornillos.

Yordan, que no había esperado hallar semejante diversión en la colonia de Snock, recibió con agrado la invitación.

Salomón Snock poseía allí una cuadra de excelentes caballos de monta, aquel hombre poderoso no parecía privarse de nada.

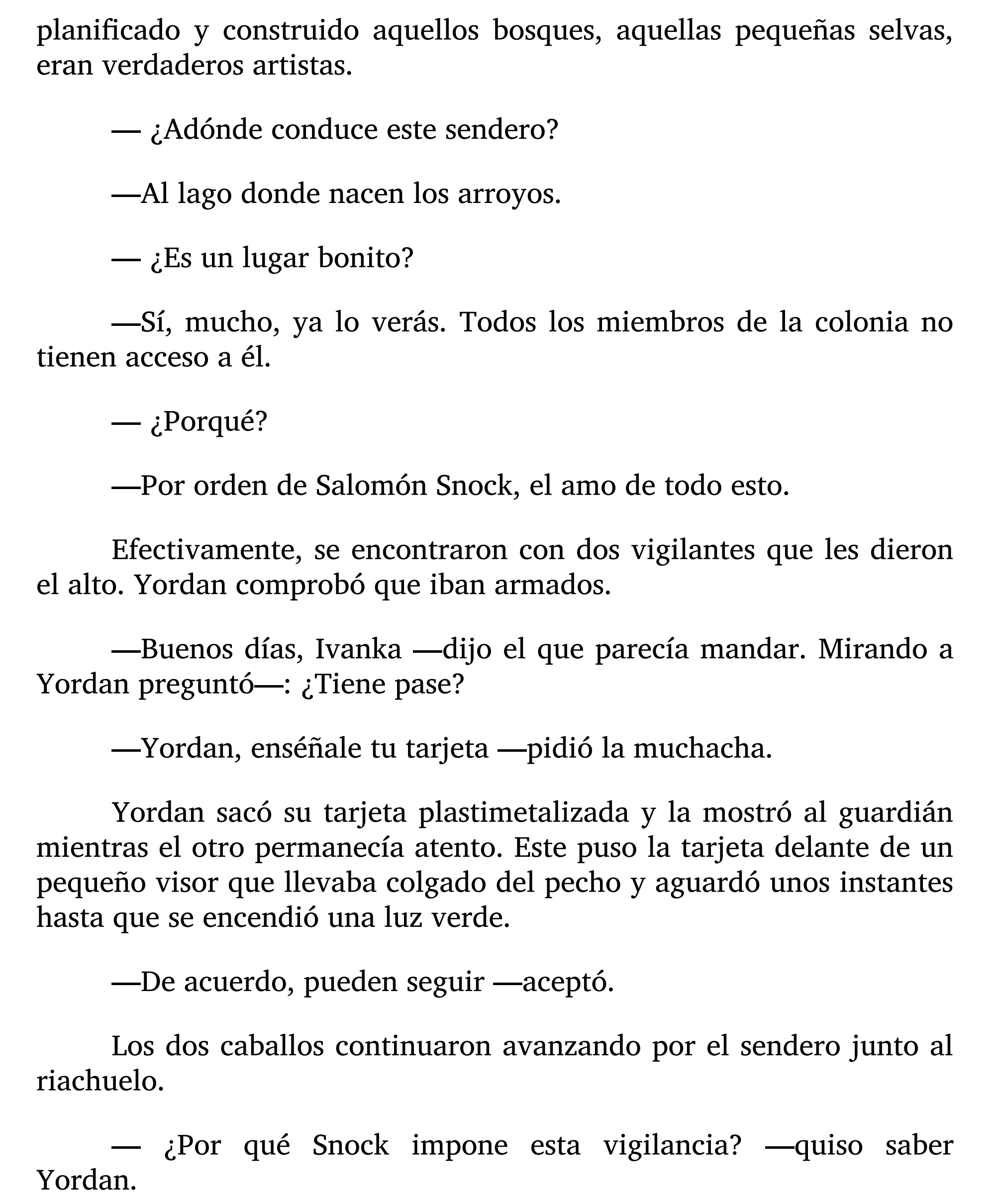
Ivanka escogió una yegua baya y Yordan un garañón alazán brioso. Ambos avanzaron al paso por entre los caminos de aquel bosque, casi selva, crecida allí artificialmente, una selva que moriría si la pila nuclear enterrada a cientos de metros bajo el subsuelo de la colonia dejaba de proporcionar la energía que daba calor, luz, presión atmosférica, aire, agua, todo.

Unos focos adecuados y la propia composición de la bóveda que cubría el inmenso cráter hacía que éste resultara de color azul celeste, lo que recordaba mucho el cielo del planeta Tierra. El cielo del planeta Zamon era más violáceo debido a unos gases nitrogenados que existían en la alta atmósfera.

Al encontrarse con un camino estrecho, Ivanka se colocó en cabeza. Yordan la siguió y avanzaron junto a un riachuelo de aguas limpias y rumorosas, bordeado de árboles.

Se fueron alejando tanto de los accesos al subsuelo de la colonia que Yordan terminó olvidándose de que se hallaba en un paraje artificial.

Era como sentirse primitivo, sensación que añoraban en muchas ocasiones los hombres del espacio, siempre pendientes de la tecnología que les envolvía y que debían controlar. Todo estaba automatizado; en cambio, allí nada parecía artificial. Quienes habían



planificado y construido aquellos bosques, aquellas pequeñas selvas, eran verdaderos artistas.

— ¿Adónde conduce este sendero?

—Al lago donde nacen los arroyos.

— ¿Es un lugar bonito?

—Sí, mucho, ya lo verás. Todos los miembros de la colonia no tienen acceso a él.

— ¿Porqué?

—Por orden de Salomón Snock, el amo de todo esto.

Efectivamente, se encontraron con dos vigilantes que les dieron el alto. Yordan comprobó que iban armados.

—Buenos días, Ivanka —dijo el que parecía mandar. Mirando a Yordan preguntó—: ¿Tiene pase?

—Yordan, enséñale tu tarjeta —pidió la muchacha.

Yordan sacó su tarjeta plastimetalizada y la mostró al guardián mientras el otro permanecía atento. Este puso la tarjeta delante de un pequeño visor que llevaba colgado del pecho y aguardó unos instantes hasta que se encendió una luz verde.

—De acuerdo, pueden seguir —aceptó.

Los dos caballos continuaron avanzando por el sendero junto al riachuelo.

— ¿Por qué Snock impone esta vigilancia? —quiso saber Yordan.

—Los miembros de la colonia pueden circular por toda el área excepto por el lago manantial.

— ¿Hay algún motivo especial?

—Quiere que el lugar se conserve con la máxima pureza. En realidad, sólo deja ir hasta el lago a algunas chicas.

—Comprendo.

— ¿Sabes que arrojar suciedad en cualquier punto de toda esta selva artificial está penalizado?

—Lo encuentro bien. ¿Se impone una multa?

—Se impone un arresto según la gravedad del perjuicio causado y si se incurre en dos faltas, se despide al infractor y se le mantiene bajo arresto hasta que sale la primera nave carguera hacia la Tierra.

—Veo que las leyes son muy rígidas en esta colonia.

—Salomón Snock no admite fallos ni negligencias.

El sendero comenzó a ascender por una pendiente repleta de arboleda. El riachuelo quedaba más abajo y no tardaron en ver una cascada.

Yordan preguntó;

— ¿Está arriba el manantial?

—Sí. El agua, una vez purificada, es impulsada desde el fondo del lago hacia arriba, con mucha fuerza y mezclada con aire para oxigenarla. Después el lago, que siempre está lleno, se desborda por las tres cascadas.

— ¿Hay tres cascadas?

—Sí, porque se forman tres riachuelos importantes en otras tantas direcciones distintas para que todo esté bien regado y la vegetación crezca sin problemas.

—Todo está bien montado, pero, pensándolo bien, es más práctico vivir por ejemplo en la Tierra o en el planeta Zamon que tiene sistemas ecológicos parecidos.

—Sí, son más naturales, pero tienen más peligros que este artificial. Aquí no hay posibilidad de virus o bacterias nocivas ni de insectos o arácnidos. Tampoco hay animales carniceros sueltos que puedan sorprendernos y atacarnos.

—Eso se puede evitar en el planeta Tierra o en Zamon protegiendo una extensa área con muros y telas metálicas. Es mucho más barato que crear todo este complejo ecológico que habrá costado una fortuna.

—Supongo que sí ha costado mucho dinero, pero Salomón Snock

puede permitírselo.

—Y me pregunto yo, ¿qué función tiene esta colonia en este planeta estéril, por qué no instalarse en otro lugar?

—Pregúntaselo a Snock. El ha escogido Priam para tener su reducto perfecto donde no le falte de nada.

—Sí, no le falta de nada, hasta tiene defensas antiinvasión espacial. Esto es como un bunker.

—Un bunker cuyo interior es maravilloso y confortable, no le falta de nada. Mira el lago.

Habían llegado a lo alto de aquella especie de otero que había dentro del cráter en que se ubicaba la colonia. El lago no era excesivamente grande y podía pasearse en él con barca.

En su centro, el agua semejaba hervir y era el burbujeo del aire que llegaba mezclado con el agua que desde el fondo del lago era bombeada hacia lo alto en un continuo reciclaje, ya que los arroyos morían en unos depósitos subterráneos donde el agua era permanentemente purificada.

—Es maravilloso, tengo que admitirlo.

Había zonas de fina arena donde crecían esbeltas palmeras.

Yordan observó que en una de las pequeñas playas había un grupo de chicas retozando, jugando, metiéndose en el agua, nadando y tumbándose luego en la arena.

Uno de los microsoles artificiales que poseía la colonia estaba enfocado hacia el lago y era un auténtico placer pasar unas horas de descanso en aquel lugar que por su perfecta construcción hacía olvidar que era ficticio.

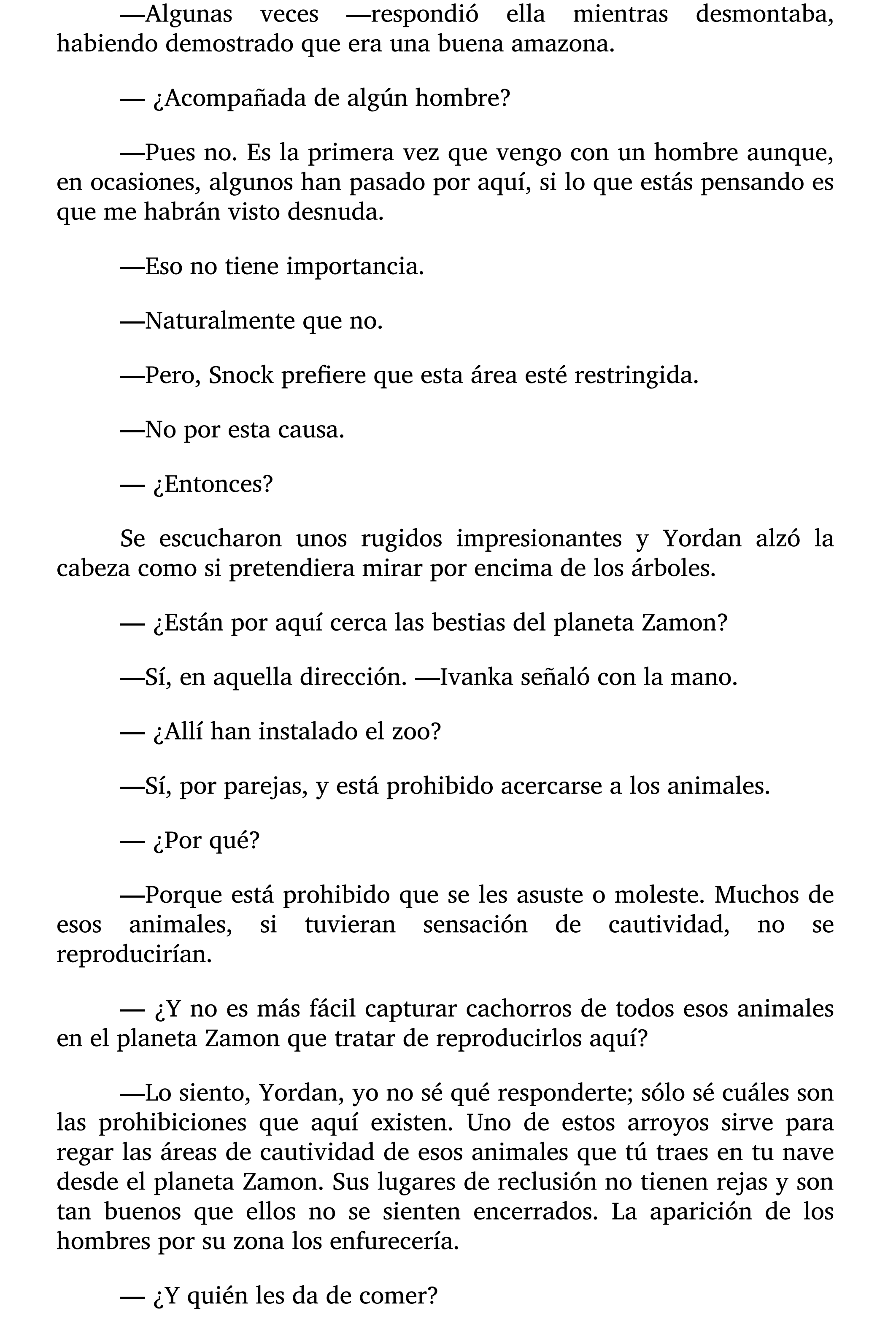
— ¿Nos bañamos? —propuso Ivanka.

Pese a la distancia, Yordan observó que las otras chicas que se bañaban estaban en una agradabilísima y total desnudez.

—De acuerdo.

—Puedes soltar el caballo, no se irá.

— ¿Vienes aquí muy a menudo?



—Algunas veces —respondió ella mientras desmontaba, habiendo demostrado que era una buena amazona.

— ¿Acompañada de algún hombre?

—Pues no. Es la primera vez que vengo con un hombre aunque, en ocasiones, algunos han pasado por aquí, si lo que estás pensando es que me habrán visto desnuda.

—Eso no tiene importancia.

—Naturalmente que no.

—Pero, Snock prefiere que esta área esté restringida.

—No por esta causa.

— ¿Entonces?

Se escucharon unos rugidos impresionantes y Yordan alzó la cabeza como si pretendiera mirar por encima de los árboles.

— ¿Están por aquí cerca las bestias del planeta Zamon?

—Sí, en aquella dirección. —Ivanka señaló con la mano.

— ¿Allí han instalado el zoo?

—Sí, por parejas, y está prohibido acercarse a los animales.

— ¿Por qué?

—Porque está prohibido que se les asuste o moleste. Muchos de esos animales, si tuvieran sensación de cautividad, no se reproducirían.

— ¿Y no es más fácil capturar cachorros de todos esos animales en el planeta Zamon que tratar de reproducirlos aquí?

—Lo siento, Yordan, yo no sé qué responderte; sólo sé cuáles son las prohibiciones que aquí existen. Uno de estos arroyos sirve para regar las áreas de cautividad de esos animales que tú traes en tu nave desde el planeta Zamon. Sus lugares de reclusión no tienen rejas y son tan buenos que ellos no se sienten encerrados. La aparición de los hombres por su zona los enfurecería.

— ¿Y quién les da de comer?

—No lo sé, no es mi cometido.

—Entiendo, cada departamento es estanco con respecto a los demás. Cada empleado de Salomón Snock sabe lo que tiene que hacer él concretamente, pero ignora lo que han de hacer los demás, así se evita que piense sobre lo que se está haciendo.

—No nos pagan para pensar, si no para realizar las misiones que se nos encomiendan.

—Pues, no me gusta. Yo quiero mi derecho a pensar y no tolero que nadie me lo coarte.

—Si quieres trabajar para Salomón Snock, no podrás seguir hablando como lo haces.

—No pienso continuar trabajando, para él; tengo un contrato para traerle esos animales del planeta Zamon hasta aquí, nada más.

—Será mejor que cambiemos de tema o quien perdería su empleo sería yo y aquí estoy bien. Mi trabajo es bueno y mi salario también y no creo hacer nada malo por lo que tener que preocuparme.

—Si, es la forma de pensar de todos los que trabajaban para tipos como Salomón Snock. Cada uno de sus empleados cree que no hace nada malo, pero luego todos, en conjunto, hacen mucho daño y como se les prohíbe pensar, ni se enteran. Qué le vamos a hacer, siempre ha sido así y me temo que será difícil cambiar. ¿Nos damos un baño?

—Sí —dijo ella, desnudándose sin ningún rubor. Tampoco había provocación en su gesto al quitarse la ropa y dejarla justo donde la arena terminaba y comenzaba la hierba.

Sin prisas, anduvo luego hacia la orilla del lago hasta hundir sus pies en la nítida y transparente agua.

Yordan T. Tracker pudo admirarla plenamente; comprobó que las curvas, las turgencias, el color y brillantez de la piel de Ivanka no sólo no eran inferiores a lo que había imaginado si no que mejoraban en mucho sus suposiciones.

Ella se volvió para mirarle y Yordan vio su sonrisa, su cabello suelto, el brillo de sus ojos claros y el color rojo dorado de los pezones que coronaban unos pechos bonitos y altos.

—Está fría pero muy buena —le dijo ella, invitándole a seguirla.

Yordan se desnudó dejando su ropa cerca de la de Ivanka mientras los caballos también se acercaban mutuamente. Luego, se dirigió al lago.

Ivanka ya nadaba con suavidad, sin salpicaduras. Yordan se sumergió en el agua y nadó tras la muchacha. Dentro del agua, ella demostró ser un pez. El lugar era francamente paradisíaco, era imposible pensar que el cielo que les cubría era una bóveda vitroplástica que les aislaba de un mundo donde existía el vacío completo, donde no había atmósfera.

Yordan nadó con vigor y lo hizo hacia el centro del pequeño pero, al parecer, profundo lago, llegando a donde el agua, en un chorro de diámetro más ancho que el propio Yordan de hombro a hombro, ascendía desde el fondo hasta la superficie.

Yordan lo atravesó con fuerza, luego regresó y se dejó impulsar hacia lo alto por el propio chorra, era una sensación muy divertida.

Ivanka hizo lo mismo y el chorro la empujó por los pies y la lanzó hacia arriba. Cayó en brazos de Yordan y ambos rieron. Sus bocas se encontraron y se besaron en medio de aquella agua burbujeante.

Yordan quiso estrechar el cuerpo de Ivanka contra sí con fuerza, pero ella escapó por debajo del agua. Intentó seguirla entre medio de la ancha cortina de burbujas que distorsionaban la visión. Era como hallarse en un mundo fantástico.

De pronto, divisó la silueta femenina. Atravesó el amplio chorro de agua dentro del propio lago y capturó la figura femenina. La estrechó contra sí, abrazándola con fuerza, y ambos subieron hacia la superficie.

Yordan había buscado su boca y la besaba con pasión. Ambos necesitaron aire y separaron sus labios. De pronto...

— ¡Si no eres Ivanka!

La chica, una bellísima morena, se rió de él que había quedado muy sorprendido. Hubo más risas y Yordan miró en derredor.

Vio a seis o siete cabezas femeninas. Eran las chicas que había visto junto al lago y no era fácil saber con rapidez cuál de ellas era

Ivanka, porque se zambullían y volvían a reaparecer.

Notó que le cogían de los pies y le estiraban hacia el fondo.

— ¡Eh!

Trató de protestar mientras hundía la cabeza en el agua y notaba como una boca juguetona le mordía en el costado. Braceó para volver a la superficie, corría peligro. Se había dado cuenta de que las chicas le tomaban como diversión y durante unos minutos, lo fue.

Dolorido, pero sin tratar de golpearlas para librarse de ellas, de sus mordiscos, de sus pellizcos, de los apretones de sus manos, nadó con fuerza hacia la orilla. Su poderosa brazada le permitió ir dejando atrás a sus perseguidoras.

Cuando salió caminando por la arena, las miró y las vio asomando sus cabezas a flor de agua. Se reían, muy divertidas.

Fatigado y dolorido, mascullo:

—Una a una, vale, pero todas a la vez, ni lo penséis.

Se dejó caer en la arena, cerca de la ropa. Sólo una de aquellas cabezas femeninas nadó hacia donde él estaba, las otras lo hicieron acercándose a otra de las pequeñas playitas que tenía el lago.

Ivanka salió del agua y anduvo por la arena dejando que las gotas resbalaran por su escultural cuerpo. Se acercó a Yordan y se sentó a su lado.

— ¿Te han hecho daño?

—No, pero...

Ella bajó los párpados, sonrió y se disculpó.

—No sabía que tratarían de gastarnos una broma. Son simpáticas, si vienes por este lugar ya las irás conociendo. Como no suelen venir hombres por aquí...

—Habrá que bañarse protegido.

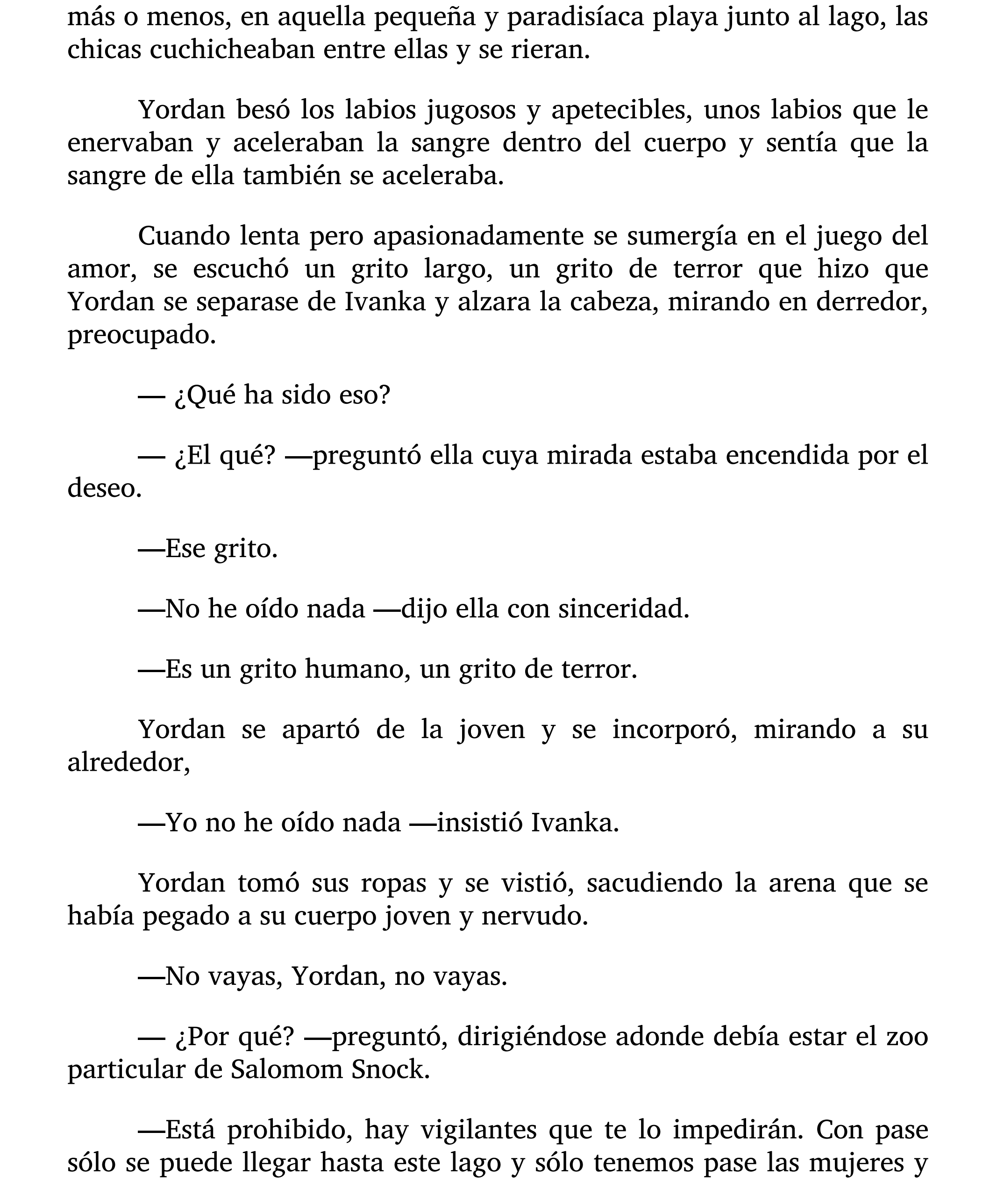
—Palabra que no sabía que iban a embromarnos, la situación se ha presentado espontáneamente. No volverán a hacerlo.

Yordan se volvió hacia ella y con su brazo la rodeó por la

cintura. Acercando de nuevo su boca a los labios femeninos, dijo:

—Y o quería besarte a ti y no a las otras.

—Si querías besarme, hazlo, Yordan, bésame —le dijo ella con voz entre oscura y ronca, dejando que el hombre la empujara hacia atrás, tumbándola de espaldas sobre la arena.



A Yordan no le importó poco ni nada que a unos cien metros más o menos, en aquella pequeña y paradisíaca playa junto al lago, las chicas cuchicheaban entre ellas y se rieran.

Yordan besó los labios jugosos y apetecibles, unos labios que le enervaban y aceleraban la sangre dentro del cuerpo y sentía que la sangre de ella también se aceleraba.

Cuando lenta pero apasionadamente se sumergía en el juego del amor, se escuchó un grito largo, un grito de terror que hizo que Yordan se separase de Ivanka y alzara la cabeza, mirando en derredor, preocupado.

— ¿Qué ha sido eso?

— ¿El qué? —preguntó ella cuya mirada estaba encendida por el deseo.

—Ese grito.

—No he oído nada —dijo ella con sinceridad.

—Es un grito humano, un grito de terror.

Yordan se apartó de la joven y se incorporó, mirando a su alrededor,

—Yo no he oído nada —insistió Ivanka.

Yordan tomó sus ropas y se vistió, sacudiendo la arena que se había pegado a su cuerpo joven y nervudo.

—No vayas, Yordan, no vayas.

— ¿Por qué? —preguntó, dirigiéndose adonde debía estar el zoo particular de Salomom Snock.

—Está prohibido, hay vigilantes que te lo impedirán. Con pase sólo se puede llegar hasta este lago y sólo tenemos pase las mujeres y

poquísimos hombres; ir al zoo está prohibido para todos.

—Yo he traído a esos animales y quiero ver cómo han sido instalados.

Pese a las protestas de Ivanka, Yordan se alejó en dirección al zoo.

En principio, anduvo por un sendero, pero al ver que algo brillaba a lo lejos, se apartó del camino y se introdujo entre la vegetación. Vio a dos vigilantes armados a los que dejó atrás, pues ellos no esperaban que él avanzara entre la vegetación, aunque era muy posible que de trecho en trecho hubiera detectores.

Yordan, intrigado y ceñudo, siguió caminando durante un largo trecho hasta que se encontró delante de una barrera arbórea. Al acercarse más a ella, comprobó que los árboles, con sus troncos, ramas y follaje, cubrían gruesas rejas y sólidos cristales que cerraban los recintos de reclusión de las fieras cazadas en el planeta Zamon.

Se acercó a los árboles que formaban una tupida barrera y trató de atisbar hacia el otro lado. Pudo ver a un rinodinosaurio que se había colocado en posición de reposo; en el suelo, en torno, había huesos que unos pájaros picoteaban, limpiándolos.

Avanzó junto a la arboleda y volvió a filtrar la cabeza entre el follaje.

Descubrió, otro recinto de reclusión; allí estaban los pollack, los feroces antropoides de elevada estatura, poderosos colmillos y durísimas garras. De pronto, vio algo que creyó reconocer cuando...

— ¡Alto!

Se volvió y se vio encañonado por las armas de tres hombres del servicio de seguridad.

—Sólo estaba mirando.

—Está prohibido permanecer en esta zona.

—Es que tengo un pase.

— ¿Un pase? —inquirió el que parecía el jefe.

—Sí.

Sacándola de su bolsillo, Yordan mostró la placa plástico-metalizada.

—No sirve para estar aquí, sólo sirve para llegar al lago del manantial. Las manos a la espalda.

— ¿Y si no quiero?

—Dispararemos.

— ¿Son armas letales o sólo narcotizantes?

—Eso lo sabrá cuando lo pruebe —le replicó el guardián.

—Bueno, será mejor que no lo pruebe. Ya verán cómo a Salomón Snock no le gusta que me hayan tratado así.

Cerraron unas esposas en torno a las muñecas de Yordan y luego lo empujaron hacia delante para que echara a andar mientras oía el ruido de las extrañas y feroces fieras carnívoras, la mayoría de ellas transportadas desde el planeta Zamon a Priam por él mismo.

CAPITULO IV

Cuando se abrió la puerta de la celda de seguridad, una celda que no podía decirse que no fuera cómoda aunque sí muy pequeña, apareció en el umbral un personaje al que Yordan ya conocía.

—Vaya, Igor Karpov, el mismísimo jefe de seguridad... ¿Ha

terminado ya esta broma?

Igor Karpov no sonreía. Vestía de negro y colgaba de su cinturón una pistola polivalente y un teletransmisor para comunicarse de inmediato con sus hombres.

—No se trata de ningún juego. Para que la colonia funcione bien y sin problemas, existen unas normas que todos debemos respetar.

—Sólo deseaba ver a los animales que he traído en la nave, ver qué tal han sido instalados. No sabía que estuviera prohibido verlos, no conozco las normas que rigen en esta colonia.

—Mis hombres le han capturado junto a los recintos de los animales.

—Sí, allí estaba. Después de darme un baño he oído los rugidos y me he acercado a ver cómo estaban.

— ¿Y qué ha visto?

—Pues, prácticamente nada, no he tenido tiempo, sólo que los animales están al otro lado de los árboles.

—Los árboles, con su abundante follaje, impiden que los animales se sientan enjaulados. La mayoría de ellos son feroces y su peligrosidad para el hombre terrícola es bien conocida.

—Sé perfectamente de qué animales se trata. Los he traído yo hasta aquí, no lo olvide.

—Salomón Snock quiere hablarle.

—Espero que me dejen salir de esta jaula o tendré que enfadarme.

Igor Karpov sonrió sarcástico.

—De poco le serviría enfadarse, pero sígame.

Yordan se levantó del catre y siguió a Karpov. Ya fuera de la celda, vio que a Igor Karpov le acompañaban dos vigilantes armados. Avanzaron por el corredor en el que había más celdas cerradas; se preguntó si estarían ocupadas.

Al final del pasillo llegaron hasta un túnel donde aguardaba un vehículo alargado.

Subieron los cuatro en él y éste circuló por el túnel, ascendiendo en una amplísima espiral. Se apearon del vehículo y siguieron caminando hasta entrar en un salón privado donde encontraron a Salomón Snock.

Estaba comiendo sobre una mesa de oro macizo y tres chicas se hallaban prestas a servirle mientras otras seis danzaban para él al compás que marcaba una música ambiental.

—Ah, eres tú, Yordan.

—Creo que sus servicios de vigilancia se han tomado demasiado en serio su trabajo.

—Nunca es demasiado en serio cumplir todas las normativas como exijo que se haga. —Hizo una pausa, mordió un pedazo de carne y preguntó—; ¿Quieres comer?

—Sí, ¿por qué no?

Yordan alargó su diestra hacia una fuente en la que había varias langostas cocidas. Tomó una de ellas y la descabezó. Le abrió la cáscara y sacó su cola carnosa que atrapada entre los dedos sumergió en una fuente con salsa. Después se la llevó a la boca y la mordió.

—Eres un tipo duro, ¿eh, Yordan? —le dijo Salomón Snock, observándole.

—La langosta me gusta; es un placer muy difícil de obtener.

—Yo tengo langostas vivas aquí, en mi colonia.

—Sí, ya sé que no se priva de ningún placer. Posiblemente un plato de langostas le cuesta a usted todo el dinero que pueda ganar en su vida cualquiera de sus asalariados.

—Es posible. Estas langostas me las han traído criogenizadas desde nuestra amada Tierra. Luego, aquí han sido revividas y metidas en acuarios gigantes con el mismo grado de salinidad que el lugar de donde han sido capturadas.

—Bueno, ya podré decir que yo también he tenido un placer de multimillonario.

—Yordan, me hace falta un buen comandante para mi flota de seguridad espacial, pero ha de ser un hombre en el que pueda confiar

ciegamente.

—No cuente conmigo.

—Tendrías todo lo que desearás. Langostas... —sonrió, cogiendo a otra por las pinzas—. Oro, piedras preciosas, chicas... Mira las que hay a tu alrededor, elige la que quieras y te servirá en tus más íntimos deseos.

Las danzarinas que habían escuchado las palabras de Salomón Snock se acercaron más a Yordan y ondularon sus cuerpos para provocar el deseo en el joven cosmonauta.

Todas eran terriblemente sensuales, cada uno de sus movimientos era un latigazo que hacía vibrar el sexo masculino.

—Todo me parece bien, pero de momento no me interesa pasar al servicio de su seguridad espacial. Tendría que firmar documentos de fidelidad y luego cumplirlos porque soy un hombre de palabra.

—Lo sé.

—La verdad, Snock, no me gustan los hombres como usted que viven con este lujo exagerado, dando satisfacción a la gula, a la lujuria, a la ambición y a la codicia mientras otros pasan con lo justo.

Salomón Snock, lejos de enfadarse, se rió con carcajada. Tomó una copa de finísimo cristal y bebió un vino espeso y rojo oscuro que casi parecía sangre.

—Muchos son los que me envidian; si pudieran vivir como yo lo hago, no vacilarían en matar para conseguirlo, pero, no es fácil, Yordan, no es fácil. Los hay que pueden asesinar abiertamente para tratar de conseguir riquezas, pero no son suficientemente astutos y caen bajo el peso de la ley o de las represalias. En cambio, los hay muy astutos pero que sólo cometen delitos si están seguros de que nadie se va a enterar. De estos últimos, hay más de los que piensas.

—Supongo que sí, pero no es mi misión ir tras ellos.

—Tú eres un luchador nato, Yordan, me precio de conocer bien a la gente. Servirías para comandante de cosmonautas de combate. En poco tiempo, tus subordinados te tomarían por héroe y obedecerían tus órdenes ciegamente. Eres de la clase de hombres que son líderes de nacimiento, aunque eres bastante indisciplinado, en eso deberías corregirte para dar ejemplo. Los milicianos necesitan una disciplina

rígida para que no se desmanden.

—Veo que tiene usted mucho interés en formar una milicia espacial de combate. ¿Podría preguntarle por qué?

—Nunca se sabe. En cualquier momento podemos ser víctimas de una invasión de seres extraterrestres llegados de lejanos sistemas estelares y hay que estar prevenidos para la defensa. No olvides que mis explotaciones mineras y colonias se hallan fuera del área espacial que protege la milicia de la Confederación Terrícola, si tengo problemas debo resolverlos por mi cuenta. Si pido ayuda a la milicia espacial de la Confederación a la que no Obstante pago sustanciosos tributos por impuestos, no vendrían a ayudarme.

—O quizá sí.

—Aunque vinieran, llegarían tarde.

—Hay una solución muy sencilla.

— ¿Cuál? —preguntó Salomón Snock desafiante mientras Yordan lanzaba una mirada a las caderas de una de las chicas que ondulaban con una sensualidad tal que eran capaces de secar la garganta al hombre más rico.

—Instale sus colonias o su zoo, al que parece tener tanto cariño, en otro planeta más próximo a la Tierra. Después de todo, un lugar como éste podía haberlo instalado en la Luna.

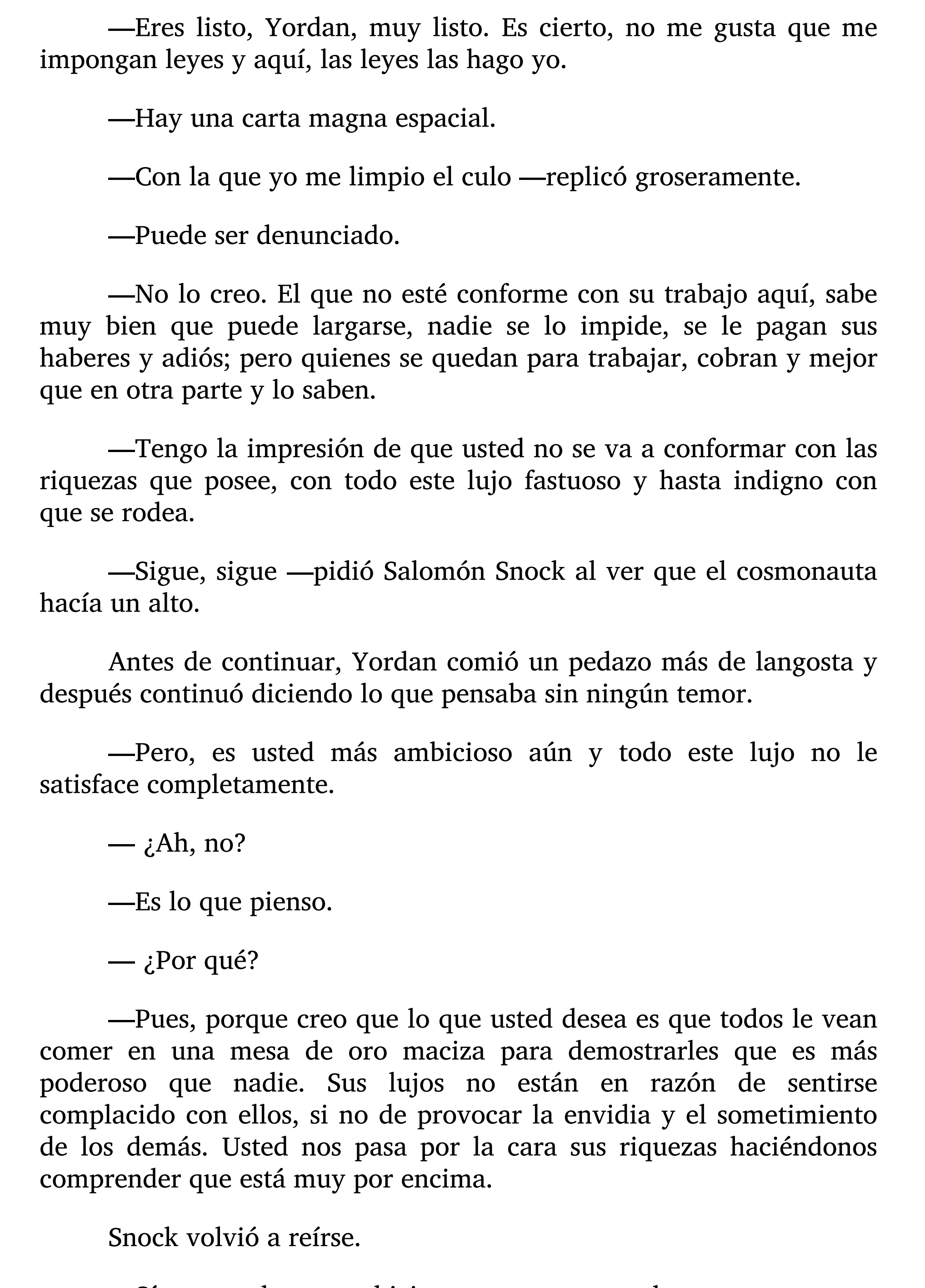
—Si lo dices por el cráter, puede ser, pero la gravedad era un inconveniente. Se puede poner gravedad artificial en una nave, pero en una colonia de esta magnitud, con cincuenta kilómetros de radio, sería demasiado problemático.

—Pudo montarla en Marte y habría sido más fácil. La gravedad no hubiera sido problema e incluso tendría más calor natural. La obtención del aire para construir un sistema ecológico tan perfecto como éste también habría sido menos costosa.

—Marte no me gusta.

— ¿Porque está bajo la jurisdicción de las leyes de la Confederación?

Salomom Snock volvió a reírse.



—Eres listo, Yordan, muy listo. Es cierto, no me gusta que me impongan leyes y aquí, las leyes las hago yo.

—Hay una carta magna espacial.

—Con la que yo me limpio el culo —replicó groseramente.

—Puede ser denunciado.

—No lo creo. El que no esté conforme con su trabajo aquí, sabe muy bien que puede largarse, nadie se lo impide, se le pagan sus haberes y adiós; pero quienes se quedan para trabajar, cobran y mejor que en otra parte y lo saben.

—Tengo la impresión de que usted no se va a conformar con las riquezas que posee, con todo este lujo fastuoso y hasta indigno con que se rodea.

—Sigue, sigue —pidió Salomón Snock al ver que el cosmonauta hacía un alto.

Antes de continuar, Yordan comió un pedazo más de langosta y después continuó diciendo lo que pensaba sin ningún temor.

—Pero, es usted más ambicioso aún y todo este lujo no le satisface completamente.

— ¿Ah, no?

—Es lo que pienso.

— ¿Por qué?

—Pues, porque creo que lo que usted desea es que todos le vean comer en una mesa de oro maciza para demostrarles que es más poderoso que nadie. Sus lujos no están en razón de sentirse complacido con ellos, si no de provocar la envidia y el sometimiento de los demás. Usted nos pasa por la cara sus riquezas haciéndonos comprender que está muy por encima.

Snock volvió a reírse.

—Sí, es usted muy ambicioso y estoy seguro de que en su mente bullen planes que no quiere confiar a nadie.

Salomón Snock, que había comenzado a beber de su copa de oro, aceptó:

—Es posible. Una de las fórmulas secretas para hacerse rico es no confiar en nadie. A cada uno se le dice lo que se pretende de él, pero a ninguno se le explica lo que se pretende conseguir uniendo los trabajos de todos.

—Sí, eso sirve para tranquilizar conciencias también, pero dígame, ¿el zoo de las grandes bestias del planeta Zamon es sólo una diversión más para usted o forma parte de algún plan que está dispuesto a llevar a cabo?

—Yordan, empiezo a pensar que no sería bueno que trabajaras para mí, haces muchas preguntas, te calientas demasiado la cabeza y yo quiero bajo mis órdenes hombres que trabajen pero que no piensen por cuenta suya. Ahora, te diré que vas a llevar algunos pasajeros en la nave de regreso al planeta Zamon; los dejarás en la colonia que tengo allí.

— ¿Y después?

—Te cargarán la nave con otras bestias y traerás las jaulas de nuevo aquí y así hasta que termine la operaron «Arca de Noé cósmica».

—De acuerdo. No creo hacer ninguna marranada trayendo a esas bestias a su zoo de Priam.

— ¿Y si llegaras a pensarlo?

—Me largaría.

—Mejor no te pones dramático, Yordan. ¿Sabes?, los tipos como tú no me gustan, sois arrogantes y os fastidia obedecer, lleváis dentro la semilla de la rebeldía; no obstante, también os admiro. Tú no eres como tantos y tantos a los que pago con un plato de lentejas y encima me besan la mano. Ellos tiemblan cuando yo gruño y tú, creo que si te pusieras en contra mía hasta serías capaz de matarme y no por la espalda.

—No soy ningún asesino, pero si se refiere a que sería capaz de enfrentarme a usted si mi conciencia me lo pidiera, no lo dude, Snock.

—Estaba seguro de que me lo dirías. Por lo menos, contigo sé a qué atenerme. Otros, en tu lugar, se excusarían y me dirían que jamás se enfrentarían a mí; luego, cuando pudieran, me darían la puñalada por la espalda. Yordan, lo malo de ser tan poderoso como yo es que te vas quedando más y más solo; sabes que no puedes confiar en nadie.

Si digo una gracia, todos ríen y al que no se ríe, le doy un puntapié. Sé que todos ríen porque yo quiero que lo hagan y es una pena. Me gustaría que un tipo como tú trabajara para mí y fuera capaz de seguir siendo como eres ahora, arrogante y rebelde, sin miedo a que te despida. Por lo menos, podría confiar de verdad en alguien.

—Lo que ambiciona no lo conseguirá jamás, Snock.

— ¿Por qué?

—Porque usted pide fidelidad y a cambio, no confiaría jamás sus planes a nadie, ni a ese hipotético amigo que busca. Su ambición está por encima de la amistad y cuando eso ocurre, no hay lugar para los amigos porque no hay que confundir amigos con conocidos o servidores.

—Muchacho, tus verdades hacen más daño que una taladradora en las tripas. Como tú dices, no puedo conseguir amistad, pero sí puedo obtener algo más importante para mí.

— ¿Poder?

Le miró, sorprendido.

— ¿Cómo lo has adivinado?

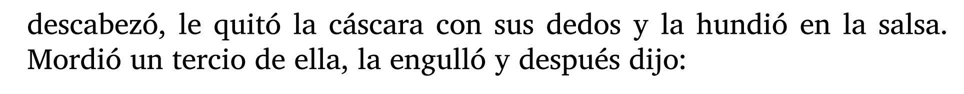
—Para usted, lo más importante es el poder. Las riquezas ya las tiene; luego, con esas riquezas se consigue el poder porque se puede comprar a los hombres y también armas para esos hombres. Pero, ese camino, más tarde o más temprano, siempre conduce a la destrucción del que trata de dominar a los demás hombres.

—Muchos han conseguido inmensos poderes a lo largo de nuestra historia terrícola.

—Y muchos han muerto también violentamente por tratar de conseguirlo.

—Muchacho, no sé cómo vas a digerir la langosta que te has comido si sigues batiendo la lengua con esa verborrea que ya me he cansado de escuchar. Ya sabes que llevarás pasajeros y recuerda que no quiero perder ningún ejemplar, pues si alguno muere tendrá que ser restituido por otro y eso costará que vuelvas a viajar. ¿Comprendido? Así lo especifica nuestro contrato.

Antes de responderle, Yordan cogió otra pequeña langosta; la


descabezó, le quitó la cáscara con sus dedos y la hundió en la salsa. Mordió un tercio de ella, la engulló y después dijo:

—Lo malo de luchar siempre para enriquecerse es que cuando se tiene de todo no se puede digerir bien. En cambio yo, ahora, tengo buenos ácidos.

Estiró sus manos y atrapó por la cintura a dos de las danzarinas. Las atrajo hacia sí tras soltar el resto de la langosta en un plato.

—Y no me hace falta conformarme con mirarlas, puedo hacer mucho más... —Las soltó para coger una copa llena de burbujeante champaña, la elevó y brindó—: A su salud, Salomón Snock. —Y bebió.

—Tienes razón, Yordan, pero es una lástima que los que puedan digerir todo esto no puedan pagarlo.

—Pues sí que es pena que por no repartir bien las cosas nos quedemos todos sin gozar de buenas digestiones.

CAPITULO V

—Has engordado la tripa, Miklos —rezongó Yordan mirándole la abultada barriga.

—Sí, creo que tendré que hacer ejercicio. La culpa la tiene esa tarjeta que nos daba derecho a todo.

Lanky *el Largo,* que jamás engordaba por más que comiera,

expuso:

—Han tardado mucho en revisar la nave.

—Ahora, creo que podemos fiarnos más de ella.

Miklos preguntó:

— ¿Buscarás a un nuevo tripulante para suplir la ausencia de Wong-Jo?

—Vengo pensando en alguien que está en el planeta Zamon, charlaré con él. De momento, como la bodega irá vacía, pues sólo llevamos las jaulas limpias, podremos prescindir de ese control.

—Pero, llevamos pasajeros —le recordó Miklos.

—Los pasajeros no nos darán problemas. —Miró el reloj del puente de mando de la nave espacial—. Antes de una hora deben estar aquí para poder despegar.

— ¿Ha pagado Snock? —preguntó Lanky.

—La parte correspondiente al primer viaje, sí. Ya he realizado la transferencia bancaria al Banco Nacional de la Confederación. No os preocupéis, seguimos teniendo buen crédito. Cuando terminemos este trabajo para Salomón Snock, podremos iniciar algo importante por nuestra cuenta.

— ¿Importante, como para comprarnos una nave mejor que la que ya tenemos?

A la pregunta de Lanky, Yordan asintió:

—Sí, nuestra nave que está estacionada en el planeta Zamon.

—Nos sirve para viajar de un planeta a otro, pero no es suficientemente potente para llevar carga —observó Miklos—. En cambio, esta nave propiedad de Snock es gigantesca y puede transportar muchas toneladas de carga.

—Por eso utilizamos la nave de Snock y no la nuestra —les dijo Yordan—. Sin embargo, esta nave carguera no es excesivamente veloz.

—Pero, para hacer transporte es muy útil —opinó Miklos—. Si tuviéramos una de este modelo nos podríamos dedicar al transporte espacial, incluso podríamos hacer alguna explotación mineral por

nuestra cuenta y luego transportaríamos los metales purificados adonde nos los compraran. También sé que hay necesidad de tractores y robots por todas las colonias que hay a lo largo de los planetas de los distintos sistemas estelares. Si compramos material de esa clase, robots, tractores, excavadoras, podríamos venderlo muy bien, ganaríamos bastante.

—Tendremos tiempo para pensarlo, no caigamos en el cuento de la lechera. Todavía no hemos acabado el trabajo de Salomón Snock —les cortó Yordan.

Una telecámara controlaba la gran entrada de carga que la nave espacial tenía bajo su panza, casi en la ropa.

Captó a un cart AHC que venía veloz, desplazándose un par de pies por encima del suelo gracias a su sistema de antigravitación.

—Ya están aquí —dijo Yordan al ver cómo se introducían en la nave.

Lanky manipuló unos mandos y cerró la gran rampa de la puerta carguera que comenzó a acoplarse al marco con el que encajaba herméticamente.

— ¿Vamos a recibirlos? —preguntó Lanky.

—No hace falta —le respondió Yordan.

Abriendo el sistema de megafonía interior, habló a los recién llegados a través del micrófono.

—Atención, les habla el comandante Yordan T. Tracker. Anclen la nave rápidamente, vamos a partir de inmediato. Manténganse dentro de su nave y aguarden hasta que hayamos conseguido el impulso para obtener la velocidad crucero. Después, tendré el gusto de saludarles.

Sin darles tiempo a responder, Yordan puso en marcha una sirena de llamada que exigía a los controladores del gigantesco hangar que lo despresurizaran.

Las potentísimas bombas que poseía la colonia de Salomón Snock trabajaron a la máxima potencia. Unos paneles de la sala de control comenzaron a esconderse cambiando de colores.

Por su parte, Yordan, Miklos y Lanky controlaban que su nave

no perdiera aire, que no tuviera fugas de atmósfera artificial por ninguno de sus cierres.

— ¿Seguro que la han dejado mejor de lo que estaba? —preguntó Miklos, dubitativo.

—Espero que sí. Salomón Snock está muy interesado en traer cuanto antes los animales del planeta Zamon.

— ¿Y para qué querrá tan pronto a esos bichos? —inquirió Miklos.

—Se lo he preguntado y no ha querido responder —expuso Yordan con sinceridad a sus dos amigos, compañeros y también socios, aunque él era el comandante pues poseía unos conocimientos de cosmonáutica muy superiores a los de Lanky y Miklos.

Las gigantescas puertas del hangar se separaron, deslizándose sobre unos raíles.

La gran nave carguera comenzó a silbar mientras sus luces de situación parpadeaban intensamente y se fue desplazando fuera del macro-hangar hasta abandonarlo por completo.

Frente a ellos estaba el suelo estéril, yermo y frío. Era de noche en el planeta Priam.

Nada de lo que tenían delante se parecía a la maravilla que encerraba aquella colonia creada dentro del cráter. Yordan no pudo evitar recordar aquella especie de selva, los limpios riachuelos, el bellísimo lago manantial donde había nadado con Ivanka, la cual había desaparecido luego como engullida por el mismísimo cráter.

Tampoco se podía olvidar que dentro de aquella colonia trabajaban más de un millar de asalariados de Salomón Snock y allí poseía varias naves de combate, según él para defenderse si era atacado.

Se arrancó la imagen de Ivanka de la cabeza diciéndose que la buscada cuando regresara del siguiente viaje. Ahora, debía dedicarse por completo al pilotaje de la gigantesca nave que por su inmenso volumen era difícil de manejar.

Un error podía acarrear una verdadera catástrofe por la dificultad de maniobra de una nave de aquellas proporciones y que no sólo tenía que viajar a través del espacio si no posarse sobre los

planetas, lo que ocasionaba grandes riesgos debido al roce de la atmósfera en el caso del planeta Priam y a la atracción gravitatoria de todos los planetas.

Salomón Snock había contratado a Yordan T. Tracker para llevar a cabo la difícil misión, pues había demostrado en repetidas ocasiones ser el mejor cosmonauta conocido.

Había sido piloto de pruebas de naves espaciales y podía permitirse el lujo de hacer malabarismos con ellas; pero, había dejado el trabajo de cosmonauta de pruebas porque deseaba seguir viviendo.

La gigantesca nave se elevó en oblicuo a la superficie del planeta Priam y por las telecámaras pudieron ver la cubierta del cráter donde se encerraba la colonia terrícola propiedad de Salomón Snock.

Vista desde el cielo, parecía una gran gema azulada brillando con luz propia, abandonada sobre la superficie del planeta estéril que era Priam.

Yordan fue aumentando la velocidad mientras dejaba atrás el planeta y éste trataba de imponer la fuerza de su gravedad.

No tardó en alcanzar los cincuenta mil kilómetros hora. La nave vibró hasta que consiguió vencer la gravedad del planeta Priam. Luego, todo fue suavidad pese a que la velocidad iba aumentando más y más mientras se lanzaba al espacio abierto en busca del planeta Zamon, situado en el mismísimo sistema estelar de Rigil Kent en la constelación de Alfa del Centauro.

— ¿Cómo vamos, Yordan? —preguntó Lanky que controlaba el funcionamiento de la nave a través de las telecámaras de Orden interno.

—De un momento a otro vamos a alcanzar los cinco mach-luz.

— ¿Los viajeros que llevamos en la panza pueden moverse ya? —preguntó Miklos que se cuidaba de las telecomunicaciones.

—Sí, ya pueden abandonar su cart.

Cuando Yordan hubo fijado el rumbo tras alcanzar la velocidad de crucero deseada, conectó el sistema de control automático y abandonó el puente de mando que ocupaba una minúscula parte de lo que era la gigantesca nave.

Abrió la compuerta que conducía a la bodega y descendió por la escalerilla de caracol. Allí estaban las grandes jaulas de paredes de cristal a excepción de las puertas que eran de barrotes de acero.

Vio el cart AHC sujetado al piso de la nave. Quienes lo ocupaban descendieron y Yordan quedó sorprendido.

— ¡Ivanka!

—Hola, Yordan.

Al acercarse, vio a otra chica que descendía del cart. Era la morena a la que había besado por equivocación en el lago del manantial. Esta sonreía e Ivanka presentó:

—Ya la conoces, es Angela.

—Hola, Angela.

Un nuevo personaje salió del cart, era Igor Karpov que llevaba el ceño fruncido.

—Podía haber esperado a que nos aposentemos en la nave —masculló molesto.

—No sabía que había de transportar a tan ilustre viajero —replicó Yordan irónico—. Después de todo han llegado en el último momento y tampoco me habían dado ninguna lista de quienes iban a venir. Además, esto no es una nave de pasajeros, sino de carga.

—Sé perfectamente que es una nave carguera y no de pasaje —replicó malhumorado Igor Karpov.

—Me supongo que la nave particular de Salomón Snock poseerá todos los lujos y conforts imaginables.

—Efectivamente, los tiene. He viajado en ella en varias ocasiones y se está muy cómodo. Ahora, lléveme a mi camarote.

— ¿Su camarote? —repitió Yordan, mirándole entre sorprendido y divertido.

—Sí, mi camarote. En algún lugar he de dormir, ¿no?

—Ah, sí, claro, arriba hay varios. Busque uno que esté vacío y lo limpia. Bueno, supongo que ya lo habrán desinsectado en la colonia, porque eso de transportar animales tiene estos problemas. Cuando

menos lo piensan aparecen las chinches o las moscas.

—Todas las naves se desinsectan antes de ponerlas en situación de vuelo —puntualizó Igor Karpov, irritado.

—Menos mal, porque en el último viaje tuvimos que rascarnos mucho y nunca se sabe, hay insectos que con esto de superar el uno mach luz engordan como buitres.

—Si pretende reírse de mí, está equivocado —advirtió Igor Karpov dando una ojeada a los cuatro hombres de seguridad que le acompañaban además de las dos muchachas.

Yordan observó que iban armados y no demostró tenerles ningún respeto.

— ¿Me está amenazando?

—Cuando vea a Salomón Snock tendré que entregarle un informe nada favorable sobre las condiciones de vida en esta nave.

—Salomón Snock me ha contratado para llevar bestias carniceras y hasta ahora, ninguna se ha quejado. Sería la primera vez que uno de los pasajeros que se me confían hiciera un informe de queja.

Igor Karpov no tenía mucho sentido del humor y apretó los dientes y los labios como si fueran a hincharse. El aire de sus pulmones escapó con fuerza por sus fosas nasales y después masculló:

— ¡Se acordará de esto!

Yordan le vio alejarse seguido por los cuatro vigilantes. Angela e Ivanka se quedaron junto a Yordan.

—Es un hombre muy peligroso —advirtió la rubia Ivanka.

—Ya lo sé, pero ¿qué puede hacer?

Angela, más práctica, respondió:

—De momento, quedarse con los mejores camarotes.

—Si es por eso, no os preocupéis, están todos cerrados. Imagino que tratarán de abrirlos a puntapiés pero no podrán. Yo os daré los mejores a vosotras y ellos que escojan entre el resto. Esta nave tiene sólo quince camarotes, aunque en esta gigantesca bodega de carga

podría transportar a todo un ejército con su utillaje completo.

Echaron a andar sin prisas hacia la escalera. Ivanka preguntó:

— ¿Esperabas que viniéramos nosotras en este viaje?

—No. Me habían dicho que llevaría pasajeros pero no me comunicaron ninguna lista. Suponía que vendrían cazadores de bestias salvajes del planeta Zamon.

Angela comentó:

—Los cazadores ya están en el planeta Zamon y parece que lo hacen muy bien.

—Todavía faltan especies muy raras y salvajes —observó Ivanka.

—La verdad es que yo no tengo ni idea de cuál es la fauna que hay que capturar. Me limito a ver cómo llenan las jaulas y luego emprendo el viaje hacia la colonia del planeta Priam.

—Yo llevo el fichero de todas las bestias que han de ser trasladadas al zoo de Priam —dijo Ivanka—. Tengo las fotografías, los nombres y las características que se exigen. Han de ser bestias muy jóvenes y machos y hembras de distintas crías para asegurar una ulterior procreación perfecta.

—Sí, ya hablé con los veterinarios que Snock tiene en el planeta Zamon para realizar este control.

—Salomón Snock me ha encargado que revise la próxima expedición; Angela viene como mi ayudante.

— ¿No os ha contado nada respecto a por qué hacer ese zoo tan costoso en la colonia de Priam?

—No; sólo cumplimos órdenes, no podemos preguntar.

—Ya, me olvidaba de que sois piezas de ajedrez que no os movéis por vosotros mismos si no que os mueve Salomón Snock.

—No sé por qué te preocupa tanto este zoo. A lo largo de la historia, los hombres más ricos siempre han dedicado una parte de sus riquezas a crear grandes obras. Unos han hecho monumentos gigantescos; otros han subvencionado a artistas o han costeado laboratorios de investigación. Salomón Snock parece empeñado en crear el mayor zoo conocido y lo llena con los seres más extraños que

habitan el planeta Zamon.

Llegaron al corredor de los camarotes y se encontraron con Igor Karpov y sus hombres que les miraron con hostilidad.

— ¿Sucede algo? —preguntó Yordan, irónico.

—Las puertas están cerradas. Ábralas o mis hombres tendrán que emplear armas para abrirlas.

—Si uno de sus hombres emplea un arma a bordo de esta nave en la que soy el comandante y por lo tanto el máximo responsable, tendré que recluirlo en una celda de seguridad lo mismo que hicieron conmigo allá en la colonia de Priam cuando miraba las jaulas del zoo.

Igor Karpov le miró con suficiencia, casi perdonándole la vida con su sonrisa.

—No se atreverá a cometer una estupidez semejante. Mis hombres le desintegrarían con sus armas.

—Eso, según la carta magna espacial, sería una rebelión en toda regla. Se colocaría usted en una situación problemática. Vale más que entienda que el comandante aquí soy yo y ustedes son unos simples pasajeros. Si vuelvo a ser amenazado, requisaré sus armas y no se las devolveré hasta que nos hallemos en el astropuerto del planeta Zamon.

Los cuatro vigilantes encañonaron a Yordan con sus armas.

Ivanka y Angela se pusieron pálidas; sabían muy bien de lo que eran capaces los agentes del servicio de seguridad. Eran hombres dispuestos a disparar si se les daba la orden. Actuaban como verdaderos autómatas, no sentían la tentación de pensar por sí mismos.

—Quietos —ordenó el propio Igor Karpov—. Parece que el comandante Tracker es muy riguroso con la disciplina a bordo de su nave; esperemos que todo el viaje siga igual.

Yordan, que conocía muy bien aquella nave, abrió varias puertas de camarotes distribuyendo a Igor Karpov y a sus agentes. Reservó los dos mejores camarotes para Ivanka y Angela.

—Poneos cómodas, luego nos veremos —les dijo Yordan regresando al puente de mando.

—Dos chicas, ¿eh, Yordan? —le dijo Miklos guiñando un ojo.

—Pero han venido cuatro hombres además de Karpov —le puntualizó Lanky.

—Ivanka es una excelente chica amiga mía.

Miklos silbó, admirativo.

—Tienes suerte, condenado. ¿Es la que te llevó al lago del manantial?

—Sí y a Angela, que es la otra chica morena, también la vi allí. Lo malo es que Igor Karpov está a bordo con cuatro de sus secuaces y hay que procurar no tener problemas con ellos. Van armados y los tipos como nosotros, que tenemos pensamiento propio, no les caemos simpáticos. ,

—Tendremos cuidado, pero supongo que las chicas no serán cosa exclusiva de esos tipos, ¿verdad? —preguntó Miklos.

—Las chicas no son exclusiva de nadie, son dos mujeres. A mí me gusta Ivanka, lo digo para que luego no haya malos entendidos.

— ¿Y a ti, Lanky?

—Tengo una chica fichada en el planeta Zamon que me gusta.

—Entonces, me jugaré el tipo por la morena. Has dicho que se llama Angela, ¿no?

—Sí, Angela. Es la ayudante de Ivanka.

—Veremos si le caigo simpático.

—Te prevengo que es muy juguetona.

— ¿Aniñada, quieres decir?

—No, me refiero a juguetona en el asunto del amor.

— ¿La conoces bien?

—No tan bien como deseas conocerla tú, la besé por equivocación.

— ¿Por equivocación, es que te habías tapado los ojos?

—No, es que estaba nadando bajo el lago. Mi intención era besar a Ivanka, pero me encontré con los labios de Angela.

— ¿Y notaste la diferencia? —preguntó Miklos.

—Qué quieres que te diga, no me pareció que estuviera besando a un cocodrilo; lo que sí puedo decirte es que no tiene la sangre fría como un pez.

CAPITULO VI

Igor Karpov procuró que durante el viaje no hubiera ningún roce entre él y sus agentes armados con Yordan, Lanky y Miklos. Por su parte, Angela e Ivanka se dejaron ver menos de lo que los cosmonautas hubieran deseado.

Mientras era besada sobre los párpados, en la boca y el cuello, Ivanka se disculpaba a Yordan diciéndole:

—Tengo mucho trabajo de clasificación. En Zamon habrá tiempo para todo, Yordan, palabra, habrá tiempo para todo.

—Si no cumples tu palabra, lo enviaré todo al diablo y te raptaré como si fuera un troglodita.

Ella le estiró de los cabellos cariñosamente.

—Eres un cínico y un bruto, pero me gustas.

Por su parte, Miklos consiguió relacionarse con Angela, pero menos de los que él deseaba. La chica le marcaba distancias y sus ilusiones de diversión quedaron frustradas por la presencia constante de Igor Karpov y sus agentes, rompiendo toda posibilidad de intimidad.

El viaje terminó haciéndose largo e irritante y sin llegar a ningún problema serio arribaron al planeta Zamon.

Acercarse al astropuerto de Zamon sólo tenía el inconveniente serio de introducirse en su atmósfera violácea con una gigantesca nave.

El rozamiento con el aire hacía subir mucho la temperatura interior de la nave pese a los sistemas de refrigeración; no obstante, Yordan observó que con las últimas revisiones, los técnicos de Salomón Snock habían aumentado en casi un cien por cien el sistema refrigerante del casco de la nave y lo notaron.

Yordan era partidario de que las macronaves se quedaran en las órbitas de los planetas según el sistema primitivo de los viajes espaciales, pero para cargar aquellos animales resultaba más costoso y problemático.

Había que evitar que las fieras sufrieran shocks que podían causarles la muerte o, como mínimo, una enfermedad por miedo que les llevaría a no comer ni beber y así hasta morir.

La colonia que Salomón Snock poseía en el planeta Zamon se hallaba en un valle amplio que se deslizaba hasta uno de los nueve mares del planeta Zamon.

El valle estaba surcado por un río de aguas limpias, no demasiado caudaloso, pero que daba la suficiente agua para la colonia. La temperatura era subtropical y resultaba muy agradable, ya que el verdor lo ocupaba todo o casi todo.

A derecha e izquierda, el valle se encajonaba por entre unos farallones y en lo alto asomaban inmensos bosques de lujuriante vegetación.

El servicio de seguridad de la colonia había instalado barreras de alta tensión e incluso campos de minas específicamente prohibidos por la carta magna espacial.

Podía decirse que el valle estaba limpio y protegido de los

animales salvajes y feroces que poblaban aquel planeta y también de los humanos de Zamon, unos seres de talla inferior a los terrícolas, piel parda oscura, más vellosos y muchísimo menos evolucionados.

Según la carta magna espacial, no había que interferir en la evolución natural de los seres que pudieran encontrarse en los planetas que se descubrieran, pero, lógicamente, se creaban unos sentimientos de curiosidad y animosidad entre los seres de Zamon y los terrícolas.

Una vasta extensión del valle que ocupaba la colonia tenía cercados de aclimatación de las fieras recién capturadas. Allí pasaban un tiempo antes de meterlas en las jaulas de transporte para ser enviadas al planeta Priam para engrosar el extraño zoo propiedad de Salomón Snock.

Charles Brennan era el comandante en jefe de la colonia. Igor Karpov cambió unas palabras con él y luego ambos se enfrentaron a Yordan, que preguntó:

— ¿Cuándo estará lista la carga?

—Todavía no está dispuesta, hay algunos animales más que capturar —le respondió Charles Brennan.

—Entonces, serán unos días de vacaciones mientras sus hombres siguen capturando esas fieras.

—Pueden vivir en la nave o en los pabellones, a su voluntad —le dijo Brennan.

—Ya decidiré.

Igor Karpov, señalando a Ivanka y a Angela, explicó:

—Han venido para la revisión de la selectividad de animales a capturar.

—Bien. Serán alojados en el pabellón de investigadores.

—Nos veremos —le dijo Ivanka a Yordan.

—Seguro que sí. —Yordan se encaró con Charles Brennan y le dijo—: Cuando decidan llenar las jaulas, me avisan.

—Por supuesto. Deje la rampa de carga abierta para que se vayan tomando medidas y se puedan hacer las desinfecciones

preventivas.

Los rugidos de las grandes fieras se propagaron por todo el valle y otros rugidos respondieron desde los bosques. Era la llamada de angustia de los capturados y la respuesta de sus hermanos de especie que temían a aquellos pequeños seres, en apariencia indefensos, que eran los terrícolas, pero que poseían tanto poder con sus máquinas transportadoras, sus gases narcotizantes y sus naves voladoras con las que se desplazaban por encima de los bosques buscando a las presas que inútilmente trataban de escapar ocultándose bajo las copas de los frondosos árboles.

— ¿No piensan hacer nada más en este planeta? —preguntó Yordan, aprovechando que tenía delante al comandante en jefe de la colonia y al jefe de los servicios de seguridad que era Igor Karpov.

—No hemos venido a cultivar; sólo tenemos el asentamiento de esta colonia —le dijo Charles Brennan.

—Me ha parecido ver que había otro asentamiento en otro lugar del planeta.

Lo mismo Igor Karpov que Charles Brennan se pusieron en tensión, aunque Brennan supo responder quitándole importancia:

—Habrá visto un campamento ambulante de exploración, porque la base de naves espaciales está aquí. Como podrá ver, alrededor suyo están todas las naves, las cargueras y las de vigilancia.

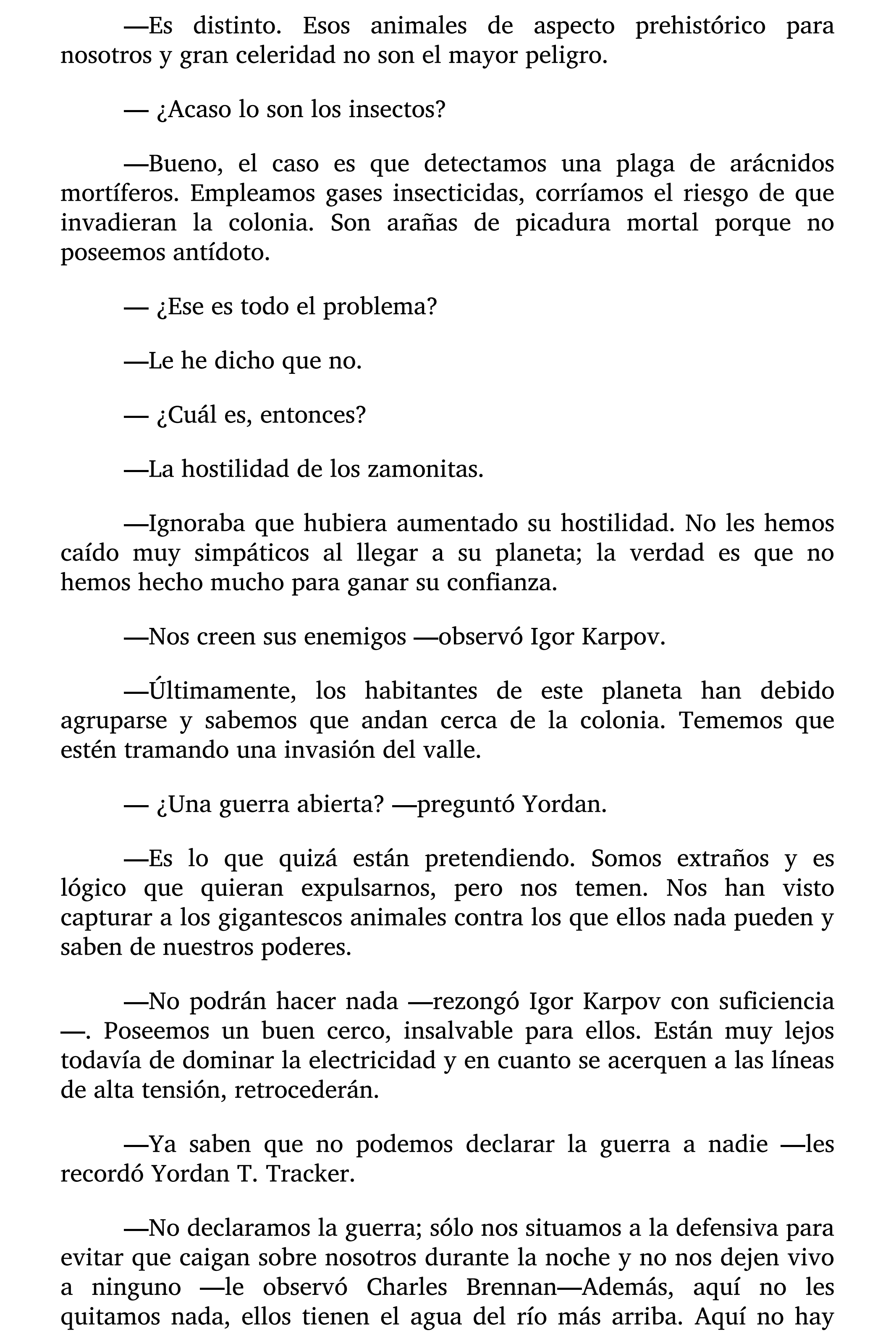
Efectivamente, en el astropuerto había casi una veintena de naves. Una de ellas era la particular de Yordan T. Tracker que la tenía estacionada allí mientras comandaba la nave carguera propiedad de Salomón Snock para trasladar a los animales a su zoo del planeta Priam.

—Daré un paseo por el planeta Zamon, siempre me ha parecido un buen lugar para vivir.

Charles Brennan le atajó rápido:

—No le aconsejo que dé ningún paseo fuera de la colonia, es peligroso. Tenemos colocadas todas las medidas de seguridad y no se permite entrar ni salir de la colonia salvo para misiones específicas.

—Sé cuidarme solo y tratar con esas bestias feroces. Les he dado de comer esas hamburguesas congeladas que me han proporcionado.



—Es distinto. Esos animales de aspecto prehistórico para nosotros y gran celeridad no son el mayor peligro.

— ¿Acaso lo son los insectos?

—Bueno, el caso es que detectamos una plaga de arácnidos mortíferos. Empleamos gases insecticidas, corríamos el riesgo de que invadieran la colonia. Son arañas de picadura mortal porque no poseemos antídoto.

— ¿Ese es todo el problema?

—Le he dicho que no.

— ¿Cuál es, entonces?

—La hostilidad de los zamonitas.

—Ignoraba que hubiera aumentado su hostilidad. No les hemos caído muy simpáticos al llegar a su planeta; la verdad es que no hemos hecho mucho para ganar su confianza.

—Nos creen sus enemigos —observó Igor Karpov.

—Últimamente, los habitantes de este planeta han debido agruparse y sabemos que andan cerca de la colonia. Tememos que estén tramando una invasión del valle.

— ¿Una guerra abierta? —preguntó Yordan.

—Es lo que quizá están pretendiendo. Somos extraños y es lógico que quieran expulsarnos, pero nos temen. Nos han visto capturar a los gigantescos animales contra los que ellos nada pueden y saben de nuestros poderes.

—No podrán hacer nada —rezongó Igor Karpov con suficiencia —. Poseemos un buen cerco, insalvable para ellos. Están muy lejos todavía de dominar la electricidad y en cuanto se acerquen a las líneas de alta tensión, retrocederán.

—Ya saben que no podemos declarar la guerra a nadie —les recordó Yordan T. Tracker.

—No declaramos la guerra; sólo nos situamos a la defensiva para evitar que caigan sobre nosotros durante la noche y no nos dejen vivo a ninguno —le observó Charles Brennan—Además, aquí no les quitamos nada, ellos tienen el agua del río más arriba. Aquí no hay

áreas de cultivo ni las especies de animales que ellos cazan para subsistir, de modo que no les perjudicamos. Pero ellos están al otro lado de los árboles esperando una ocasión para atacarnos. Creo que jamás conseguiremos tener amistad con estos seres de Zamon. Son demasiado primitivos, sus cerebros están por debajo de los nuestros.

— ¿Acaso han capturado a zamonitas para arrancarles el cerebro y poder estudiarlos como si fueran un animal más de este planeta?

—Hace demasiadas preguntas, Yordan —le cortó Igor Karpov.

Yordan, ceñudo, les vio alejarse en dos vehículos.

—Simpáticos esos tipos, ¿eh, Yordan?

Se volvió hacia Miklos, un hombre que gustaba de comer y de pasarlo bien, pero que sabía cumplir con su trabajo.

—Hay algo que no me gusta nada.

—A mí ese Karpov tampoco me gusta. Mira. —Le tendió tres minúsculos aparatitos.

— ¿Chinches electrónicos?

—Sí, espías diminutos para escuchar a distancia. Ese Karpov los ha distribuido por algunos puntos de la nave. Por lo visto quería enterarse de todo lo que hablábamos.

Yordan cogió los chinches de la mano de Miklos.

—No imaginaba que se atreviera a tanto.

—Es un bastardo, por eso le elegiría Snock para su servicio de seguridad.

—Sí, imagino que sí.

—Pero ha tenido un descuido.

— ¿Cuál?

—Yo le puse un chinche a él. —Se rió, mostrando el diminuto artilugio.

—No habrás cometido esa cochinada, Miklos...

—No te preocupes, Yordan, vamos de cochino a cochino. Por lo menos me he enterado de una cosa.

— ¿De qué?

—Igor Karpov ha venido para prepararle el camino a Salomón Snock que se presentará aquí dentro de poco.

—Ahora se comprende por qué se ha adelantado Karpov... Salomón Snock exige seguridades adonde quiera que va.

— ¿Por eso ha ordenado que nos espíe?

—Posiblemente no se fíe de nosotros. Sabe que no pensamos de la misma forma que la mayoría de hombres y mujeres que trabajan para él a los que exige una sumisión canina a cambio de un salario.

—Menos mal que sólo tenemos que transportar a esos bichos carniceros que tanto parecen gustarle a Snock; por nada del mundo me emplearía bajo sus órdenes.

—Ni yo tampoco, Miklos, ni yo tampoco.

Yordan miró hacia los altos farallones que estaban a lo lejos, apenas una línea verde indicaba los espesos ramajes de las frondosas copas de los árboles.

Los zamonitas estarían aguardando allí la posibilidad de atacar a los invasores terrícolas. ¿Por qué los terrícolas no habían sabido ganarse la amistad de aquellos seres y sí su odio?

CAPITULO VII

De su nave particular, Yordan extrajo su cart, un vehículo capaz para cuatro plazas y algo de equipaje y que podía volar hasta la estratosfera. Era ideal para circular a ras de suelo y podía hacer inmersiones bajo el mar hasta una profundidad de diez mil metros.

Lanky se quedó vigilando las naves y Miklos y Yordan recogieron a Ivanka y a Angela que les esperaban después de haber quedado citados.

— ¿Adónde vamos? —preguntó Ivanka mientras se acomodaba junto a Yordan.

—A dar un paseo.

—Sabes que no podemos salir a la calle.

—Yo no tengo por qué obedecer las órdenes de Salomón Snock, él no es mi jefe ni mi gobierno. El impone unas normas en esta colonia, pero son normas para sus asalariados y yo no lo soy, sólo estoy contratado para llenar su zoo con esos monstruos que cazan aquí.

—Ni yo tampoco estoy asalariado —se apresuró a decir Miklos.

—Nosotras sí —advirtió Angela.

—Vosotras sois las chicas raptadas —se rió Miklos.

—No nos pondréis en ningún compromiso, ¿verdad? —preguntó Ivanka.

—Miklos ya lo ha dicho, sois las raptadas.

Yordan puso el vehículo en marcha y dio varias vueltas.

Después se colocó sobre el río y se sumergió en las aguas, desapareciendo de la superficie.

— ¿Hacia dónde vamos por aquí? —preguntó Ivanka.

—Saldremos del valle sin ser vistos. Del río pasaremos al mar y luego, por debajo del agua, navegaremos unas millas —explicó Yordan que pilotaba el cart.

Al pasar al mar, el agua se hizo más transparente. Sin salir a la superficie, siguieron navegando hasta que Yordan lo consideró conveniente. Luego se elevaron y se dirigieron hacia la costa volando por encima de grandes bosques.

—Éste planeta es un buen lugar para desarrollar una civilización —observó Miklos—. Está lleno de bosques vírgenes.

—Habrá que pensar en respetar la ecología —dijo Angela.

—Los habitantes de este planeta todavía son primitivos y, por lo tanto, incapaces de degradar su medio ambiente, como ocurrió en nuestro planeta en los siglos diecinueve, veinte y veintiuno. Menos mal que luego supieron salvar la Naturaleza antes de que quedara totalmente exterminada.

—Todavía tienen milenios de evolución, a juzgar por el período en que se encuentran los zamonitas —estimó Ivanka.

—Veremos si encontramos un lugar para estar bien.

—Tengo miedo de que aparezca alguna bestia de esas que capturan —dijo Angela.

—Llevamos armas para defendernos —advirtió Miklos, y agregó —: Regulando el disparo, somos capaces de atontar a un diplodocus. No es necesario ni siquiera matarlos.

— ¿Y las arañas? —preguntó Ivanka.

—No creo que todo el planeta esté invadido por la plaga de arañas —replicó Yordan—. ¿Cómo vivirían, si no, los zamonitas?

Miklos opinó irónico:

—A mi me parece que nos han querido meter miedo en el cuerpo para que no salgamos de los límites de la colonia.

Dar un paseo por un planeta tan lleno de vegetación tenía el encanto de hacer que los terrícolas se sintieran como libres, que pudieran desatar sus instintos atávicos y telúricos.

—Toda esta masa verde que tenemos debajo está llena de vida —observó Miklos mirando hacia abajo.

— ¿Está buscando yacimientos aquí Salomón Snock? —preguntó Yordan.

—Por ahora, que yo sepa, no. De momento, sólo es una exploración superficial y dedicada a la clasificación de los animales —explicó Ivanka.

— ¿Por eso se los quiere llevar a su zoo? —preguntó Miklos. Antes de que le respondieran, agregó—: Podría dedicarse a investigarlos aquí mismo.

Yordan T. Tracker hizo descender la nave al descubrir un hermoso y tranquilo lago. Posó su cart entre unos árboles para que no pudiera verse a distancia.

— ¿Será seguro este lugar? —replicó Yordan—. Cuando viajamos por el espacio y creemos estar seguros, en cualquier momento puede desintegrarse la nave.

—Podemos darnos un bañito ahí si no hay hidrosaurios carnívoros —dijo Miklos mirando las aguas.

—Yo no pienso bañarme en esas aguas desconocidas —advirtió Ivanka, precavida.

—Pues no nos bañaremos, pero sí daremos un paseo por esta tierra virgen. Colocaos estos cinturones —les pidió Yordan, entregando a las chicas unos cinturones de los que pendían pequeñas pero efectivas pistolas de rayos incinerantes.

—Nosotros llevaremos los fusiles—observó Miklos.

Los fusiles eran cortos, pero de gran potencia. Abandonaron la nave y echaron a andar.

— ¿Hasta dónde llegaremos? —preguntó Angela.

—No lo sé; sólo quiero dar un paseo sabiendo que no estamos vigilados por los agentes de Igor Karpov —replicó Yordan.

Estuvieron un buen rato caminando sin separarse del lago que ofrecía un color azul violáceo como si fuera reflejo del cielo iluminado por la estrella-sol de Rigil Kent.

—No parece que haya tantos monstruos como vamos cargando en la nave —opinó Miklos mirando en derredor.

—Cada monstruo necesita un espacio para vivir —observó Ivanka—, Si hubieran muchos, sería una carnicería entre ellos.

De pronto, escucharon un grito largo, casi un aullido. Yordan se detuvo y los demás hicieron lo mismo.

— ¿Será una de esas bestias que buscan comida? —preguntó Miklos.

—Un momento.

Yordan sacó una especie de cámara fotográfica que no era tal sino una telecámara con visor incorporado de pequeño tamaño. Enfocó el pequeño objetivo hacia el lado opuesto del lago y lo movió en círculo hasta que descubrió algo que apareció en el minúsculo visor.

Pudieron ver a varios zamonitas corriendo por la orilla del lago. Algunos de ellos se lanzaban al agua chapoteando, era evidente que aquellos seres no sabían nadar, huían despavoridos de algo.

— ¿Les perseguirá alguno de los monstruos? —se preguntó Ivanka.

—Pronto lo sabremos —respondió Yordan que seguía enfocando el lugar donde se desarrollaba el drama.

— ¡Mirad, si son de los nuestros, son terrícolas! —exclamó Miklos, asombrado.

—Son agentes de la colonia —observó Ivanka.

Angela preguntó:

— ¿Qué están haciendo?

Uno de los zamonitas se revolvió para arrojarles una lanza a sus perseguidores y éstos le dispararon un rayo que lo inflamó mientras otros terrícolas hacían disparos que alcanzaban a más zamonitas que gritaban aterrorizados.

— ¿Los matan? —se asustó Ivanka.

Yordan movió una ruedecilla de su telecámara con visor incorporado y centró la visión en uno de los zamonitas hasta que encontró lo que se había clavado en su cuerpo.

Siguió aumentando la potencia de visión del objetivo hasta que pudo verse claramente lo que era.

—Un dardo narcotizante —gruñó Miklos.

—Sí, los están cazando como si fueran fieras —rugió malhumorado Yordan T. Tracker.

—No sabía que hicieran eso —se lamentó Ivanka.

Los hombres de Salomón Snock extendieron unas redes con las que envolvieron a los narcotizados, que internaron en la selva. Al poco, una nave se alzaba entre los árboles y desaparecía por encima de los grandes bosques.

—Y a se han llevado su caza —observó Miklos.

— ¿Le pregunto a Charles Brennan por qué han capturado a esos zamonitas? —inquirió Ivanka.

—Es preferible que no digas nada —le pidió Yordan.

— ¿Por qué? No se puede capturar a seres inteligentes como si fueran animales, aunque no estén evolucionados. Estamos en su planeta, los invasores somos nosotros.

—No digas nada, Ivanka, trataré de averiguarlo yo.

—Cuenta conmigo, Yordan —se ofreció Miklos.

—De acuerdo, Miklos. Aquí no llega la jurisdicción de nuestra Confederación Terrícola, pero la carta magna espacial se ha de respetar pese a que Salomón Snock se cree que tiene el derecho de hacer lo que le venga en gana porque tiene el poder de la técnica, de las armas y las riquezas de su parte.

—Pero ¿qué les pueden hacer? —preguntó Angela.

—Muchas cosas —observó Yordan—. Si quisieran su amistad, no los cazarían como animales. Sería muy lamentable que los utilizasen para hacer pruebas científicas.

— ¿Qué clase de pruebas podrían llegar a hacer con estos seres?

A la pregunta de Ivanka, Yordan respondió:

—No lo sé, hay que averiguarlo, pero tengo sospechas muy graves.

— ¿Sobre qué?

—Sobre algo que me pareció ver en el zoo que Snock tiene en el planeta Priam.

— ¿Fe cuando te alejaste del lago manantial? —preguntó Ivanka.

—Sí.

— ¿Qué es lo que viste?

—No estoy seguro, no puedo decir nada todavía hasta confirmar mis sospechas.

—Pero ¿qué es lo que sospechas? —insistió Ivanka.

—Lo siento, no sigas preguntando, no voy a responder. No quisiera decir barbaridades sin fundamento, necesito comprobarlo.

Yordan, dispuesto a no decir nada que no pudiera demostrar, echó a andar y los demás le siguieron.

Bordearon el lago hasta llegar al lugar donde fueran capturados los zamonitas. De improviso, un rinodinosaurio de gigantescas proporciones se abrió paso entre los árboles, enfrentándose a ellos.

— ¡Atrás, atrás! —pidió Yordan.

— ¡Mátalo!

A la petición de Angela, Yordan replicó:

—No, si no es necesario. Atrás, atrás...

La bestia les vio retroceder y rugió avanzando hacia ellos. Ivanka tenía miedo, lo mismo que Angela.

—Este bicho nos quiere tomar como aperitivo —gruñó Miklos.

—Esta clase de animales parecen acostumbrados a devorar a seres como nosotros —dijo Yordan.

Le hizo un disparo a los dientes con baja potencia. El rinodinosaurio, alcanzado en los colmillos, retrocedió rugiendo. Alzó sus patas delanteras amenazador pero sin atreverse a avanzar de nuevo.

Reparó entonces en el cadáver del zamonita muerto por los

hombres de Snock y que flotaba en la orilla. Extendió sus garras y ensartó el cuerpo; lo elevó por el aire y volvió a rugir con fuerza. Dando media vuelta, desapareció de nuevo en el bosque.

—No cabe duda de que esta clase de bestias tiene preferencia por capturar y comer humanos.

— ¿Insinúas que las bestias del zoo de Snock son alimentadas con zamonitas vivos? —preguntó Miklos.

— ¡No es posible, son seres humanos aunque sean más primitivos, no es posible! —exclamó y negó con la cabeza Ivanka.

—No comentéis nada de esto, ¿lo oís? Nada. Igor Karpov tiene escuchas por todas partes para controlarlo todo. Si alguien se interpone en sus planes lo eliminarán, lo mismo que hacen con los zamonitas.

—Pero ¿de verdad crees que capturan a estos seres humanos para dar de comer a esas bestias? —inquirió Ivanka.

—Lamento que el paseo haya resultado tan poco agradable —dijo Yordan.

—Yo preferiría regresar a la colonia —indicó Angela.

—De acuerdo, volvamos, aquí ya no hay nada que hacer —aceptó Yordan, muy preocupado por lo que estaba sospechando.

Anduvieron hacia el cart sin tener otra sorpresa desagradable.

Subieron al vehículo y con él abandonaron el lugar, buscando el mar.

Yordan no deseó que pudieran sospechar que habían visto lo ocurrido; por ello, regresaron por el fondo del río, navegando a contra corriente.

Viajaron callados y pensativos. El paseo en el que habían esperado gozar no había sido nada divertido.

Yordan se daba cuenta de que si trataba de averiguar lo que Salomón Snock tramaba, podía costarle la vida. La ambición de aquel hombre no se detenía ante nada y si su actitud era obviamente criminal, alguien tendría que enfrentársele fuera como fuese.

CAPITULO VIII

Yordan esperó a que se hiciera de noche y cuando comenzaban a brillar las tres lunas de Zamon, sólo una de ellas, la más pequeña, estaba en plenilunio, abandonó su nave.

Armado con un fusil lanzadardos narcotizantes, avanzó por el astropuerto evitando pasar por los controles.

Pudo ver a varios vehículos con agentes de vigilancia desplazándose de un lado a otro en torno a las majestuosas naves espaciales allí estacionadas. Eran como grandes monstruos de la tecnología terrícola con un extraordinario poder de destrucción, monstruos armados que podían arrasar un planeta como Zamon o reducirlo a pedazos.

Gracias a las potentes telecámaras que llevaba en lo alto de la nave carguera, localizó el emplazamiento de los cercados en que se iba recluyendo a los animales capturados.

Dando un gran rodeo, se acercó a aquella zona, teniendo en cuenta que habría vigilancia como ya la había encontrado en el zoo de Priam donde le habían capturado y encerrado en una celda; mas, ahora, no estaba dispuesto a dejarse sorprender.

Llevaba un detector de metales y dispositivos electrónicos de vigilancia. Los hombres de Snock no habrían tenido en cuenta aquel tipo de detectores, quizá porque sólo temían que pudieran acercarse los propios aborígenes del planeta que carecían de toda tecnología.

Escuchó gruñidos; ya no estaba lejos de los cercados en que se hallaban encerradas las fieras.

De pronto, oyó un ruido de pasos tras de sí y se detuvo; los pasos también se detuvieron.

Yordan miró a través de un visor de infrarrojos y descubrió una sombra que se ocultaba tras unos postes. Reanudó la marcha como si no se hubiera dado cuenta de que le seguían, pero al llegar junto a un grueso tronco, se colocó tras él y esperó.

Oyó los pasos avanzar y detenerse, hubo una vacilación y después los pasos se reanudaron.

Cuando pasó junto a él, apoyó el arma que llevaba contra el cuerpo de su perseguidor.

— ¡Quieto!

—Eh, no dispares.

— ¡Miklos!

—Sí, soy Miklos.

Yordan apartó el arma.

— ¿Qué diablos haces aquí?

—Seguirte.

— ¿Por qué lo has hecho, no habíamos acordado que te quedarías en la nave?

—Lanky está alerta, llevo un telecomunicador para hablar con él. Se ha situado en tu nave y, si te hicieran algo, podría amenazar con desintegrar los pabellones.

—Mira, no estamos haciendo una guerra, sólo estoy investigando.

—He preferido que no fueras solo.

—Miklos, cuando yo decida hacer algo no te metas en mi camino.

—La próxima vez intentaré recordarlo, pero te advierto que

tengo una memoria muy mala.

Yordan exhaló un suspiro y le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Vamos, pero con cuidado, no quiero provocar un conflicto. Los agentes de seguridad parecen máquinas de matar y, si hay que escoger, prefiero que siga vivo mi pellejo y no el suyo.

—En eso estamos de acuerdo. Vamos.

Llegaron junto a la primera cerca, todas eran metálicas y electrificadas.

Las grandes bestias encerradas habían aprendido muy pronto que acercarse a las telas metálicas resultaba muy doloroso y se apartaban de ellas pese a su deseo de escapar.

—No pretenderás pasar al otro lado, ¿eh? —preguntó Miklos con un cuchicheo.

—Pues, sí.

—No te entiendo. Antes decías que querías conservar tu pellejo.

—He de cruzarlas.

—Pues no te has traído ningún cohete impulsor y la valla es muy alta, por lo menos son seis metros.

—Llevo el láser de pistola y podré cortar la alambrada.

—Se producirá la alarma.

—No, el enrejado transmite la corriente sin problemas, el fluido no quedará cortado como si fuera un solo cable.

— ¿Y luego?

—Pasaremos a través del agujero.

—Si tocamos la alambrada quedaremos fritos.

—Es un riesgo; puedes quedarte aquí afuera.

—No, gracias.

Yordan disparó su pistola contra la alambrada y salió el fino rayo láser que comenzó a cortar la tela metálica.

La bestia monstruosa que estaba encerrada en aquel cercado captó su presencia y rugió ferozmente levantándose de donde estaba. Avanzó hacia ellos como si pudiera verles a pesar de la oscuridad. Sus mandíbulas producían un ruido que aterrorizaba.

—Miklos, dispárale un dardo, pero méteselo en la boca, rápido.

—Es que el dardo puede quedar cogido en la tela metálica...

—Si no eres capaz de hacerlo pasar por los agujeros sin tocarlos es que no eres tan bueno disparando como yo creía.

Miklos se llevó el fusil a la cara y apuntó a través de los agujeros mirando por el visor de infrarrojos. Luego, disparó.

El ruido fue absorbido por los rugidos de la fiera. El dardo se clavó en el interior del paladar y el potentísimo líquido narcotizante pasó al torrente sanguíneo de la gran fiera que volvió a rugir con más fuerza, contagiando a los otros animales y la noche se turbó.

—Ahora se van a disparar todos los sistemas de alarma —se lamentó Miklos.

—No temas, estarán acostumbrados a los rugidos de estos grandes monstruos capturados.

El rinodinosaurio fue disminuyendo sus rugidos. Con sus patas delanteras se frotaba la gran boca armada con doble hilera de dientes enormes y cortantes. Después comenzó a balancearse hasta que se tumbó en el suelo y, al cesar los rugidos, fueron acallándose los demás. La tranquilidad semejó volver a la zona.

Yordan estaba haciendo una puerta en el enrejado metálico que al quedar cortado cayó hacia el exterior, formando una especie de alfombra metálica que seguía siendo una trampa mortal.

Yordan continuó cortando la tela para separarla de la que estaba prendida a la cerca y después se dispuso a desprenderla por completo.

—Si la tocas vas a recibir la descarga.

—Y ano toca a la cerca.

—Está oscuro, quizá algún alambre...

—Voy a arriesgarme.

—Adiós, Yordan, te recordaré lo que me resta de vida.

Yordan cogió la tela metálica cortada y la separó por completo sin que nada ocurriera.

—Bueno, ahora hay que pasar al otro lado de la cerca.

—Es una temeridad. Miles de voltios deben estar recorriéndola por todos sus alambres y si la tocamos...

—Quédate afuera si quieres.

—Pero ¿qué diablos esperas encontrar ahí dentro? —preguntó Miklos molesto. Antes de que Yordan respondiera, añadió—: Si esa bestia se despierta del narcótico mientras estemos dentro, se nos va a comer como si fuéramos pinchitos morunos terrícolas.

—No sabía que tuvieras tanto miedo a perder tus carnes y eso que me pareces algo gordo; ya te dije que tenías que rebajar peso,

Yordan, jugándose la vida, se filtró por entre la alambrada electrificada y pasó al otro lado.

Miklos se miró a sí mismo de hombro a hombro y también la cintura, preguntándose si pasaría por el mismo lugar por donde se había filtrado Yordan sin quedar electrocutado.

Al fin, se decidió y pasó rápido. Ya al otro lado, suspiró. Ante ellos estaba la gran bestia dormida.

— ¿Para qué querrán a este bicho, si ya lo tienen repetido? —se preguntó Miklos en voz alta.

—No es el mismo que transportamos en la nave carguera —le replicó Yordan avanzando hacia el monstruo de cuerpo coriáceo.

—Ya lo sé, como que lo dejamos en el planeta Priam.

—Me refiero a que no es exactamente igual aunque a simple vista se parezcan, es de otra especie.

—Bueno, no me he fijado tanto, como no soy coleccionista de monstruos. Ya me dirás qué buscas.

—Restos.

— ¿De qué?

—De comida.

—No te fastidia, si ya he cenado... ¿Pretendes que se me revuelva el estómago?

—No te he pedido que vinieras.

—Cada vez estás más raro, Yordan, y como se despierte esa bestia estaremos muy raros los dos. Ya veremos si corriendo y casi a oscuras somos capaces de pasar por el agujero que has hecho en la alambrada electrificada.

—Mira, mira, ahí hay algo.

—Yo no veo nada.

Yordan encendió su linterna focal de luz concreta y no difusa. Los huesos no estaban muy blanqueados, pero podían verse perfectamente.

— ¿Lo ves?

—Sí, veo que son restos, pero ya te digo que todavía tengo la cena en el estómago. Además, esta bestia huele muy mal; podrían cogerla por la cola y meterla un rato en el río.

—Son restos de un cráneo humano.

— ¡Uah, pues es verdad!

—Fíjate, la mandíbula superior, las cuencas de los ojos. Falta la otra mitad que está triturada.

—Eso indica lo afiladitos que tiene los dientes el riño ese.

—Es lo que sospechaba, Miklos.

— ¿Y qué sospechabas?

— ¿Eres tonto de toda la vida o se debe a una mala digestión?

—Bueno, bueno, no es para tanto. Si aquí hay un resto de cráneo humano es que esta bestia come seres humanos... De pronto, reflexionó y cogió a Yordan por el brazo, apremiándole—: Vámonos antes de que despierte y sigamos el mismo camino de este infeliz.

—Espera, viene algún vehículo.

— ¡Estamos perdidos!

—Pégate al monstruo.

— ¿Y si despierta?

—El cartucho de narcótico era muy potente, vamos.

Un vehículo volante comenzó a sobrevolar la zona. Las fieras encerradas en los distintos cercados volvieron a rugir.

Miklos, pegado a la panza de la bestia dormida, preguntó:

— ¿Qué hacen?

—No lo sé, parece que reparten comida entre las bestias. Las habrán oído protestar antes y creerán que están hambrientas; para que callen les dan de comer.

—Espero que el olor a comida no despierte a este monstruo. —Y tocó la piel de la bestia, tan dura como el hormigón.

El vehículo volante llegó hasta el cercado donde ellos estaban y lanzaron algo al vacío que produjo un golpe sordo al contacto con el suelo. Permaneció unos segundos parado y luego prosiguió hacia el otro cercado.

—Ahora que ya tiene comida, vámonos; creo que empieza a moverse. Está despertando, ya me lo temía; el olor a comida lo despeja, estas bestias sólo piensan en comer.

Yordan, dándose cuenta de que, efectivamente, el monstruo comenzaba a moverse lentamente, se acercó a lo que habían lanzado desde el vehículo volante.

- ¡Miklos, Miklos!

—Sí, ya corro.

— ¡Espera, mira esto!

- ¡Diablos, es un zamonita!

—Ya ves para qué los capturan, para darlos a estas bestias.

—Sí, ya veo, como si fueran pienso compuesto. Esos tipos de Snock son unos asesinos.

El zamonita no estaba atado, pero sí inconsciente. Posiblemente lo habrían atontado para que no escapara de la bestia que quizá quería cazarlo vivo. Era una forma de asegurarse de que lo devoraría.

La susceptibilidad de muchos animales era tan grande que de encontrar un alimento muerto, no cazado por ellos, pese al hambre lo rechazaban; por ello, el zamonita convertido en alimento estaba vivo.

—Ayúdame.

— ¿A qué? —inquirió Miklos.

—A sacarlo de aquí.

— ¿Quéee? —Miró hacia el rinodinosaurio—. Está despertando, se va a poner en pie.

—No vas a dejar que se lo coma, ¿verdad?

—Pero si está muerto o poco le falta...

—Aprisa, Miklos, ayúdame, hay que sacarlo por el agujero de la alambrada.

Sin dejar de vigilar a la bestia que se desperezaba y comenzaba a rugir, Miklos cogió por lo pies al zamonita y Yordan lo hizo por los hombros. Así se acercaron a la valla.

El rinodinosaurio se enderezó y torpemente a causa de que aún sufría los efectos del narcótico, avanzó hacia ellos abriendo mucho sus mandíbulas. Sus ojos fosforescían en la noche, era una bestia avernal.

— ¡Aprisa, aprisa!

—Podías haberlo cogido tú por los pies —se quejó Miklos—. El primer bocado me lo va a dar a mí en el culo.

Yordan, cargado con el zamonita, pasó el agujero de la alambrada. Miklos empujaba las piernas. Conseguían atravesar la valla cuando el monstruo carnicero llegaba a la alambrada.

En su atontamiento, la gran bestia tocó la cerca y se produjo una descarga que hizo retroceder al rinodinosaurio dando un bufido que atronó en todo el valle.

Cuando Miklos se vio al otro lado de la cerca, bufó de tranquilidad.

El monstruo se alzaba de manos y gruñía dolorido. Los miles de voltios no habían conseguido más que asustarlo y causarle un daño escaso debido a la dureza y al grosor de su piel.

—Coge tú las armas —le pidió Yordan mientras se cargaba al zamonita a la espalda y luego echaba a correr.

Miklos, con las armas, le siguió vigilante.

Habían escapado pero, al día siguiente, los hombres de Snock averiguarían que allí había ocurrido algo; descubrirían el agujero en la cerca, un agujero por el que no podía escapar la bestia encerrada, pero sí podía pasar un hombre y los agentes de Snock se preguntarían qué era lo que había ocurrido allí.

CAPITULO IX

Ivanka y Angela, conducidas por Lanky, entraron en la nave privada de Yordan T. Tracker mientras los hombres de Salomón Snock trabajaban en la gran nave carguera, preparándola para su nuevo viaje al planeta Priam al que debían llevar una nueva expedición de bestias.

Lanky no las había advertido de lo que Yordan quería decirles, pero las dos muchachas intuían que algo no iba bien.

—Yordan…

—Hola, Ivanka. ¿Todo bien?

—Es lo que yo quería preguntarte.

Yordan miró también a Angela, la cual inquirió:

— ¿Le ha sucedido algo a Miklos?

—No, no, seguidme.

Las condujo a un camarote de la nave. Allí estaba Miklos y sobre una litera se hallaba un ser que reconocieron de inmediato.

— ¿Un zamonita aquí?

—Sí, Ivanka. Es uno de los que vimos capturar junto al lago.

— ¿Se encuentra mal? —interrogó Angela.

—Tiene tres costillas rotas y una pierna fracturada, pero se curará. He tenido que inyectarle sedantes porque está aterrorizado y tiene razón para estarlo.

—Claro, si lo han capturado como a un animal más.

—Por algo peor, Ivanka, por algo peor.

— ¿El qué?

—Los capturaron para entregarlos vivos como alimento a las bestias monstruosas del zoo de Snock.

— ¡No es posible! —exclamó Ivanka.

—Sí lo es. Ya me pareció ver esto en el zoo del planeta Priam, pero no estaba seguro, por ello no quería hablar de esto. La noche pasada nos introducimos en uno de los cercados donde están encerrados esos monstruos antes de que los lleven a las jaulas de la nave carguera.

—Yo iba con él —dijo Miklos.

—Desde una pequeña nave arrojaron a este infeliz a la jaula del rinosaurio para que le sirviera de alimento y en los otros cercados hicieron lo mismo. Por lo visto, era la hora de darles de comer a las fieras y el alimento son zamonitas vivos, con la sangre caliente para que las bestias no extrañen la comida.

— ¿No será un error? —preguntó Ivanka, resistiéndose a creer la monstruosidad que le contaban.

—No. En el cercado ya había restos de seres humanos, huesos triturados por las mandíbulas de estas bestias.

—Es cierto —corroboró Miklos—. Tuvimos en las manos parte de uno de los cráneos.

—Qué horror, jamás pensé que pudieran hacer una cosa así.

—Para el viaje me entregaban una especie de hamburguesas gigantes. No me extrañaría que una vez analizadas se demostrara que están compuestas de carne de esos infelices que habitan en este planeta.

—Eso es transgredir toda la carta magna espacial —musitó Angela, a punto de marearse por la profunda repugnancia que le causaba cuanto oía.

—Sí, por eso no quiere que se sepa y lo hace a escondidas.

—Por lo menos, a éste lo salvaremos, aunque hay que mantenerlo sedado, porque sólo de verse aquí dentro se aterroriza. Ve demasiada tecnología para su comprensión.

—Y luego, ¿qué haréis con él?

Yordan respondió a Ivanka:

—Trataremos de explicarle que todos los terrícolas no somos iguales y le devolveremos con los suyos, pero hemos de hacer algo para terminar con la masacre de este pueblo que nada nos ha hecho.

—Salomón Snock llegará hoy —advirtió Ivanka.

—Si se lo dices a la cara, ¿qué crees que hará con nosotros? —preguntó Miklos.

Yordan se encogió de hombros.

—No sé, quizá trate de que ocupemos el lugar de los zamonitas dentro de las jaulas de los monstruos que captura para su zoo.

—Pues no es un futuro que me guste demasiado —rezongó Miklos.

—No es que tengamos un gran potencial ofensivo, pero esta nave de mi propiedad posee un cañón láser y dos tubos lanzamisiles —dijo Yordan.

—Es poca cosa comparado con las naves de combate que tiene Salomón Snock. Cuando se entere de que sabemos lo que hace con esos pobres infelices, nos desintegrará, nos convertirá en energía. No tendremos escapatoria, Yordan, ellos tienen un gran potencial de combate aéreo y espacial.

—Lo sé, Miklos, pero algo hay que hacer.

— ¿Y si trataras de enviar un mensaje a la Confederación? —propuso Angela—. Cuando se enteren de lo que hace Salomón Snock, ya jamás podrá volver al planeta Tierra y hasta es posible que envíen hacia aquí una escuadrilla de la milicia espacial para acabar de raíz con esta acción criminal.

Lanky, que había permanecido callado, opinó:

—Quizá no lo hagan, sería una guerra entre nosotros. Salomón Snock tiene ya demasiado poder para enfrentársele sin correr riesgos gravísimos. Es posible que se limiten a impedir que jamás puedan regresar expulsándolo de la Confederación, convirtiéndolo en un desterrado del cosmos.

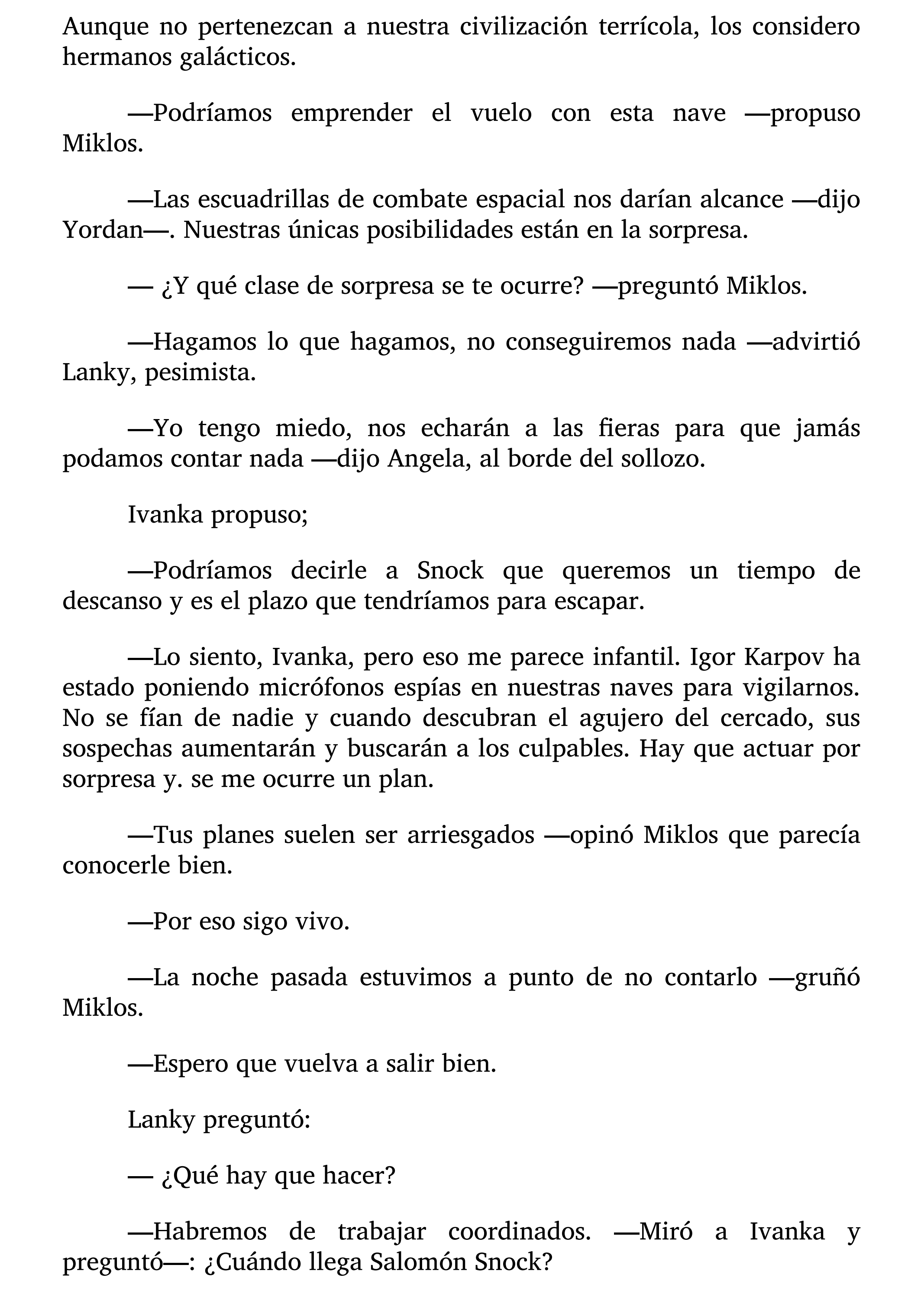
—Eso podría ser también muy peligroso —observó Yordan—. Salomen Snock es capaz de acumular mucho odio y podría reforzar su potencial. Posee milicianos y técnicos de construcción espacial y también investigadores; puede tratar de formar una flota de represalia.

—Con el potencial que tiene, y aunque lo aumente, jamás podrá vencer a la milicia espacial de la Confederación —opinó Miklos—. Si fuera hacia nuestro sistema solar con sus naves, sabe que iría recto hacia su destrucción y no lo hará, es demasiado astuto. Es un tipo al que hay que temer.

— ¡Estáis locos! —exclamó Ivanka—. Habláis de enfrentaros a Snock y eso sólo sería un suicidio. Ante él estáis más indefensos que un zamonita sin armas frente a uno de esos grandes monstruos que a nosotros nos parecen antediluvianos.

—Algo habrá que hacer —gruñó Lanky.

—Sí, hay que poner las cartas sobre la mesa. Yo no puedo seguir transportando bestias que son alimentadas con seres humanos.



Aunque no pertenezcan a nuestra civilización terrícola, los considero hermanos galácticos.

—Podríamos emprender el vuelo con esta nave —propuso Miklos.

—Las escuadrillas de combate espacial nos darían alcance —dijo Yordan—. Nuestras únicas posibilidades están en la sorpresa.

— ¿Y qué clase de sorpresa se te ocurre? —preguntó Miklos.

—Hagamos lo que hagamos, no conseguiremos nada —advirtió Lanky, pesimista.

—Yo tengo miedo, nos echarán a las fieras para que jamás podamos contar nada —dijo Angela, al borde del sollozo.

Ivanka propuso;

—Podríamos decirle a Snock que queremos un tiempo de descanso y es el plazo que tendríamos para escapar.

—Lo siento, Ivanka, pero eso me parece infantil. Igor Karpov ha estado poniendo micrófonos espías en nuestras naves para vigilarnos. No se fían de nadie y cuando descubran el agujero del cercado, sus sospechas aumentarán y buscarán a los culpables. Hay que actuar por sorpresa y. se me ocurre un plan.

—Tus planes suelen ser arriesgados —opinó Miklos que parecía conocerle bien.

—Por eso sigo vivo.

—La noche pasada estuvimos a punto de no contarlo —gruñó Miklos.

—Espero que vuelva a salir bien.

Lanky preguntó:

— ¿Qué hay que hacer?

—Habremos de trabajar coordinados. —Miró a Ivanka y preguntó—: ¿Cuándo llega Salomón Snock?

CAPITULO X

La nave privada de Salomón Snock llegó en medio de las acostumbradas medidas de seguridad. Salomón Snock no quería sufrir ningún tropiezo que pudiera costarle la vida.

Abandonó su lujosísima nave en la que poseía obras de arte y el confort más sibarítico. En realidad, la utilizaba como hábitat cuando llegaba a algún lugar donde sabía que no encontraría todas las comodidades que él exigía.

Ivanka iba acompañada de Lanky *el Largo.* La joven conocía todos los corredores y por su identificación de azafata del servicio personal tenía todas las puertas abiertas.

—Alto. ¿Adónde vais?

El agente de seguridad les cortó el paso. Ivanka le mostró su placa de identificación al tiempo que decía:

—A ver a Salomón Snock.

—Ahora no es posible.

—Es que necesito verle.

—Hay que esperar. Ahora está entrevistándose con el comandante Charles Brennan y Karpov.

—Bien, esperaremos —aceptó Ivanka.

—Ahí al lado hay una salita —señaló el guardián sin permitir que siguieran adelante.

Lanky fue con Ivanka a la salita. Ya a solas, Lanky extrajo de su bolsillo un pequeño artilugio que pegó a la pared.

— ¿Qué es?

—Un escucha. —Movió tres ruedecillas hasta que consiguió oír voces que fue clarificando.

—Es Snock —musitó la joven.

—Sí y el otro, Igor Karpov.

Con aquel aparato podían escuchar claramente la conversación que tenía lugar en el despacho de Charles Brennan en las oficinas de comandancia de la colonia en el planeta Zamon.

— ¿Está todo listo? —había preguntado Salomón Snock.

Charles Brennan respondió:

—Sí, hemos escogido un área localizada al otro lado del planeta.

—Espero que los científicos no se equivoquen —observó Snock.

—Los científicos han preparado una minibomba gaseosa que no se expandirá más allá de un radio de acción de quinientas millas.

—De todos modos, observaremos los efectos desde el interior de naves espaciales presurizadas con aire propio.

—Toda la operación saldrá bien —aseguró Charles Brennan, comandante en jefe de la colonia.

Igor Karpov añadió:

—Nadie se va a enterar de que en esa zona no quedará ningún animal vivo y cuando digo «animal», me refiero especialmente a los zamonitas.

—Exacto, es lo que pretendo, que no quede vivo ningún ser de este planeta. Es curioso que ese gas mate a la fauna, pero no a la flora.

—La investigación ha sido muy larga, pero efectiva —explicó Charles Brennan—. Elimina a todos los seres vivos animales, pero no a

las plantas. Bueno, es posible que algún determinado tipo de planta también resulte envenenada y desaparezca, pero los efectos serán despreciables. Lo que sí es seguro es que los zamonitas morirán aunque se escondan en lo más profundo de sus cuevas. El gas penetrará en todas partes.

— ¿Y los vestigios posteriores? —preguntó Salomón Snock.

—Los vestigios desaparecen con el tiempo —siguió explicando Brennan—. En el plazo máximo de seis meses no quedará rastro del gas en animales ni plantas, en nada, y habrá habido tiempo sobrado para que los cuerpos se corrompan y desaparezcan.

—Bien, bien —asentía Salomón Snock—, haremos la prueba. Mientras, iremos llevando al zoo del planeta Priam a todos los animales seleccionados. Cuando todos estén allí, eliminaremos todo signo de vida animal de este planeta y cuando el peligro se haya disipado, volveremos a traer los animales protegidos en mi zoo y los soltaremos para que se reproduzcan normalmente. De esta forma, presentaré este planeta a la Confederación como totalmente deshabitado.

Ignorantes de que eran escuchados a través de las paredes gracias a un pequeño artilugio electrónico, prosiguieron su charla cambiando impresiones.

—La Confederación Terrícola tendrá que aceptar que este planeta es suyo, Snock.

—Naturalmente, y poseeré un planeta habitable con flora y fauna propias, pero sin vida inteligente porque habrá desaparecido.

—Y las fieras, ¿qué comerán? —preguntó Igor Karpov.

Charles Brennan respondió:

—Poseemos un almacén en el subsuelo, blindado y a prueba de todos los gases, con un sistema de refrigeración potentísimo. En él almacenamos a muchos zamonitas que vamos capturando. Cuando los grandes animales carniceros vuelvan a sus bosques, a sus selvas, se les irán lanzando estos cadáveres descongelados y previamente calentados hasta que los cuerpos consigan la temperatura normal para que esas bestias no recelen al devorarlas.

—Pero esos cadáveres sólo durarán un tiempo —observó Karpov.

Esta vez fue Salomón Snock quien contestó:

—Traeremos ganado vacuno y cérvido desde el mismísimo planeta Tierra para que se reproduzca aquí y esas bestias podrán volver a cazar por sí mismas. También traeremos algunos tipos de insectos y arácnidos para que se reproduzcan y vuelva el equilibrio ecológico; pero, todo esto, sin que nadie se entere. En realidad, a mi zoo del planeta Priam ya están llegando estos primeros envíos del planeta Tierra, de modo que la repoblación de la fauna comenzará de inmediato. Todo está planeado para que desaparezca la especie zamonita de este planeta y no quede vivo ni uno solo de todos ellos.

—Ser propietario de un planeta completo, habitable, con flora y fauna, es la mayor riqueza que jamás hombre alguno ha podido soñar —opinó Charles Brennan, con evidente intención de halagarle.

—Eso sólo será el principio.

— ¿Habrá más que quedarse con este planeta e instalar aquí una metrópoli?

—Sí, Karpov, habrá más. Esas bombas gaseosas que eliminan todo vestigio de vida, cuando hayan funcionado aquí y nos hayamos instalado, enviaremos otras iguales, pero de mayor potencia, al planeta Tierra.

— ¿Al planeta Tierra? —exclamó Karpov, asombrado—. ¡Sería un suicidio!

—No, las distribuiremos por los océanos y mares con unos mecanismos de relojería que se dispararán al cabo de meses y todas al mismo tiempo. El planeta Tierra quedará envuelto por el gas letal sin que puedan evitarlo; recibirán un ataque por sorpresa, cuando menos lo esperen. No será una invasión de naves contra las que están preparados. El gas surgirá de las aguas como si fuera niebla marina y, después, sobrevendrá la muerte.

—Todos no morirán, siempre habrá personas a bordo de naves espaciales.

—Ya nos ocuparemos de una forma u otra de los que queden vivos dentro de naves espaciales o en submarinos, habrá tiempo para eso, pero lo que nadie podrá evitar es que la muerte se propague por todo el globo terráqueo. Ese gas que es incoloro, inodoro e insípido, no será detectado hasta que la gente comience a caer intoxicada. En realidad, este planeta Zamon me sirve como campo de pruebas,

porque mi verdadero objetivo es la Tierra. Seré el dueño absoluto de dos sistemas estelares en los que se incluyen dos planetas totalmente habitables. No habrá más poder que el mío ni mejor bienestar que el de los hombres en quienes yo confié.

A Charles Brennan y a Igor Karpov el futuro les pareció muy prometedor.

—Nadie estorbará todos estos planes, el elemento sorpresa es el más favorable.

—Exacto, Igor, exacto, nadie espera que se me ocurra algo semejante. Nadie en la Confederación Terrícola ha llegado a pensar que yo puedo barrerlos a todos del mundo de los vivos.

Se rió cuando en el intercomunicador de la mesa despacho sonó un aviso con señal de alarma. Charles Brennan, comandante de la colonia, respondió:

—Aquí el comandante Brennan. ¿Qué ocurre?

—Sección de vigilancia —respondió la voz a través del intercomunicador.

—Adelante, escucho.

—Han practicado un agujero en la cerca electrificada tras la que se halla encerrado uno de los grandes rinosaurios.

— ¿Ha sido él?

—No, comandante, tiene heridas pero no ha sido él. Hemos observado la tela arrancada por la que no pasaría un animal de sus dimensiones y hemos llegado a la conclusión de que ha sido cortada con rayo láser, sólo así se explica que quien la cortara no resultara electrocutado, han debido tomar todas las precauciones. Se trata de alguien, uno o varios, que ha penetrado en la jaula durante la noche y ha vuelto a salir, posiblemente llevándose el alimento de la bestia.

—Comprendo. Doblen la vigilancia y disparen contra quien intente acercarse a los animales sin las placas de identificación apropiadas.

—A la orden, comandante —dijo la voz antes de que el propio Charles Brennan cerrara la comunicación.

Igor Karpov, ceñudo, opinó:

—Eso sólo puede ser cosa de Yordan, ese tipo no es de fiar.

— ¿Yordan? —exclamó Snock.

—Sí, él y sus hombres no son de los nuestros. Ya sabe, Snock, que siempre le he sugerido que les retirara el contrato. Esos hombres no le van a ser fieles.

—Sí, eso es cierto. Yordan es de la clase de tipos que si descubren algo sucio lo ventilan, caiga quien caiga, por eso quería tenerle dominado, pero no cedió ante las promesas de mando y riqueza.

— ¿Qué hacemos? —preguntó Karpov.

—Arréstalo. Les interrogaremos a todos a ver qué es lo que han averiguado. En la fase en que estamos no podemos dejar ni un cabo suelto o mi plan de conquistar los planetas se vendría abajo. La sorpresa es mi elemento favorable y si se me acusa de genocidar a toda una especie inteligente no tendré escapatoria en toda la Galaxia; nos perseguirán hasta desintegrarnos y, hoy por hoy, mi flota espacial no se puede comparar con la milicia de la Confederación.

—Yo mismo me encargaré del arresto —dijo Igor Karpov.

Salió del despacho cuando por el pasillo vio que corrían Lanky e Ivanka.

— ¡Alto, alto, deteneos!

Lanky e Ivanka no se detuvieron. Lanky corría más que la joven y, al darse cuenta, se retrasó. Fue entonces cuando el agente de seguridad les encañonó.

— ¡Quietos!

Lanky hizo ademán de arrojarle lo que tenía en la mano, que era el artilugio electrónico de escucha a través de las paredes, y el agente de seguridad disparó su arma contra él.

Cuando Ivanka lo soltó, vio cómo Lanky enrojecía en medio de un atroz dolor. Cayó al suelo, ennegreciéndose rápidamente.

— ¡Lanky, Lanky, asesinos, asesinos!

CAPITULO XI

Yordan T. Tracker había fruncido el ceño hacía rato.

Miklos, sentado frente al panel de telecomunicaciones de la nave que pertenecía a Yordan, le dijo:

— ¿Esperas aún que envíen la señal convenida?

—Algo les ha ocurrido.

—Eso es seguro, el plan no ha salido bien.

—Han sido descubiertos demasiado pronto.

— ¿Qué hacemos?

—Ten la nave lista, yo voy a salir.

—Si sales y ya saben que estuviste en la jaula de aquella bestia, te estarán esperando.

—Saldré en mi cart; si tengo problemas, me comunicaré contigo.

—Estaré alerta, pero ¿qué podré hacer?

—No dejes la puerta de esta nave abierta y, cuando yo te lo pida, abre los amplificadores de megafonía exteriores. Hablaré a través de ellos desde mi cart; tú sólo tienes que hacer que mi voz salga

por los altavoces y se escuchará en todo el valle.

—De acuerdo, aunque no creo que los convenzas ha blando.

—Yo tampoco.

Yordan se armó con un fusil y montó en su cart. Abandonó su nave por la rampa de popa y ésta se cerró automáticamente.

Cerca de la nave no parecía haber nadie. Tuvo la impresión de que estaba vigilada, pero deberían estar tomando toda clase de precauciones, porque si estallaba la nave, con ella se destruirían las otras que estaban por los alrededores y gran parte del astropuerto quedaría convertido en un horno donde se fundirían todas las naves.

Yordan se dirigió con su cart hacia los pabellones centrales, nadie se opuso a su paso.

Se detuvo ante la puerta que conducía a las oficinas de comandancia y quedó quieto, aguardando, por si observaba algo que le llamara la atención.

Todo parecía normal, demasiado normal, lo que le hizo sospechar.

Salió del cart armado y entró en el edificio. En aquel momento, un grupo de agentes de seguridad se abalanzó hacia él.

- ¡Quietos!

Yordan vio que no le hacían caso. Como había preparado su fusil para disparar dejando en estado de shock a quien resultara alcanzado, sin llegar a matarlo, disparó en todas direcciones.

Hubo réplicas por parte de los hombres de Snock que no le alcanzaron.

Yordan logró tumbar a cinco de ellos y dos más pudieron huir a tiempo.

Ya no cabía duda, estaban tratando de apresarle. Echó a correr por un pasillo y antes de llegar al final del mismo, se abrió una puerta y asomó Angela que le dijo con apremio:

- ¡Por aquí!

Yordan le hizo caso y la joven cerró la puerta.

— ¿Has visto a Ivanka y a Lanky?

—Lanky ha muerto.

— ¡Por todos los diablos!

—A Ivanka se la han llevado.

— ¿Adónde?

—Al sótano, está en los laboratorios de investigación.

—Tratan de cazarme. ¿Cómo podemos llegar abajo?

—Hay una escalera que conduce a los servicios, ven.

Yordan se dejó guiar por Angela que le llevó a una escalera de caracol que descendía varios metros hasta encontrarse con un área de servicios de aseo.

Frente a ellos se abrían unas puertas con cristales y mirillas a través de los cuales vieron un amplísimo laboratorio de investigación donde había varios científicos con batas blancas, de trabajo.

Ivanka estaba sentada en una butaca al fondo de la nave y la habían sujetado con una correa. Brennan, Karpov y el mismísimo Salomón Snock estaban con ella mientras uno de los científicos se le acercaba con una jeringuilla rebosante de líquido.

— ¡Quietos! —ordenó Yordan entrando con su fusil por delante, dando un patadón a la doble puerta.

Uno de los científicos trató de pegarse a la pared, llevaba un matraz en la mano.

Yordan le disparó, poniéndolo fuera de combate. El matraz cayó al suelo y comenzó a humear, esparciéndose el líquido.

— ¡Es el gas letal, es el gas letal! —gritaron algunos, corriendo hacia el exterior.

Salomón Snock enrojeció de ira. El científico de la jeringuilla la arrojó al suelo y salió corriendo por otra puerta, aun a riesgo de que Yordan le disparara.

— ¡Malditos seáis! —rugió Yordan.

— ¡Espera, espera! —gritó Salomón Snock.

Yordan, pensando en Lanky, disparó contra Salomón Snock que cayó en estado de shock.

Igor Karpov sacó su arma, mas también recibió el impacto de Yordan.

Charles Brennan consiguió llegar a la puerta, pero Yordan le disparó, alcanzándole en la espalda. Así estaba asegurado que no despertarían en un buen rato.

— ¡Yordan, rápido, rápido! —gritó Ivanka.

—No te preocupes, escaparemos.

— ¡Rápido, el gas!

Ivanka no tenía tiempo para explicaciones. Yordan le quitó la correa que la sujetaba y los dos salieron corriendo por donde había entrado Yordan; Angela les esperaba.

Subieron por la escalera de caracol y salieron al amplio pasillo. Alguien dio la alarma general en toda la colonia y luces rojas comenzaron a parpadear por todas partes mientras las sirenas asustaban a las grandes bestias encerradas.

Una patrulla de agentes trató de cortarles el paso, pero Yordan continuó disparando con la convicción de que no mataba a nadie sino que sólo los dejaba en estado de shock que podía durar desde unos minutos a unas horas.

— ¡Vamos a mi cart!

Salieron corriendo del pabellón y penetraron en el vehículo que Yordan puso en marcha, volando hacia la nave al tiempo que llamaba a Miklos:

— ¡Te escucho, Yordan, te escucho!

— ¡Abre la megafonía!

— ¡Listos, Yordan!

— ¡Atención, atención, os habla Yordan Tracker! ¡Si nadie nos corta el paso, no sucederá nada, pero si alguien nos dispara, desde mi nave dispararemos sobre todas las naves de la colonia que están bajo

el control de tiro automático de mi nave! ¡He disparado sobre Salomón Snock, sobre Brennan y contra Igor Karpov, pero no los he matado, sólo están inconscientes por algunas horas, de modo que es mejor que nadie no nos corte el paso, es una advertencia o toda la colonia será barrida!

Hubo una gran confusión.

Sus palabras pudieron escucharse por encima de las sirenas; no obstante, dos naves de seguridad comenzaron a ponerse en movimiento y Miklos, detectándolo, no dudó en pulsar dos botones rojos.

Inmediatamente salieron dos misiles de la nave que impactaron en Las naves de combate, convirtiéndolas en bolas de fuego.

— ¡Atención, atención, que nadie intente nada o será barrido como las dos naves de combate, sólo queremos marcharnos, sólo queremos marcharnos!

Los demás cosmonautas de vigilancia, tras ver lo que había ocurrido a sus compañeros, se contuvieron mientras Yordan cortaba la comunicación y gruñía por lo bajo:

—Nos van a dejar escapar porque están seguros de que cuando nos hayamos marchado podrán iniciar una persecución. Sus naves son más rápidas y tarde o temprano nos darán alcance.

—No nos darán alcance —le dijo Ivanka.

Yordan, al oírla hablar con tanta seguridad, preguntó:

— ¿Cómo lo sabes?

—Te lo explicaré después.

Entraron en la nave al abrirse la rampa y, ya dentro, volvieron a correr.

Yordan llegó junto a Miklos y exclamó:

- ¡Vámonos ahora mismo!

— ¿Cuál es nuestra meta?

- ¡El planeta Tierra! Tenemos que llegar hasta la Confederación y explicar al Parlamento lo que hace Salomón

Snock.

.Los cuatro se situaron en las butacas anatómicas. Yordan no dio tiempo a nada, lo había dispuesto todo con anterioridad y puso los motores en ignición, iniciando el despegue.

Abajo reinaba el caos. Nadie se atrevió a dispararles porque, de haberlo hecho, su nave se habría convertido en una bola gigantesca de fuego que habría caído sobre el astropuerto, destruyendo a todas las naves.

Los agentes de seguridad buscaron a sus jefes, encontrándolos inconscientes, pero el gas letal se extendía y comenzó a contaminarles sin que ellos se dieran cuenta. No en vano era incoloro, inodoro e insípido.

La nave abandonó la fuerza de gravitación del planeta Zamon y tras poner rumbo al Sistema Solar en torno al cual giraba la Tierra, Yordan se reunió con Angela e Ivanka.

Esta les dijo:

—Están perdidos.

— ¿Quiénes?

—Todos en la colonia.

— ¿Por qué? Yo no les he disparado a matar —objetó Yordan.

—Tú no tienes la culpa. Los planes de Salomón Snock eran eliminar a todos los zamonitas...

Les contó lo que Lanky y ella habían escuchado gracias al chinche electrónico.

—Ya sabemos para qué quería el zoo del planeta Priam —rezongó Miklos.

—La ambición le había enloquecido —opinó Yordan.

—Me quería interrogar bajo los efectos de una droga para saber todo lo que tú habías hecho, Yordan.

—Menos mal que hemos llegado a tiempo.

—La cápsula de cristal que ha caído y se ha roto contenía el gas

mortal para los animales; a las plantas no les ataca.

—Entonces, ¿el gas se expandirá por la colonia? —preguntó Angela.

—Sí, ya no tiene remedio —asintió Ivanka—. Ellos pensaban lanzarlo al aire en finísima aspersión. Ese líquido, al contacto con el aire, se convierte en gas letal.

— ¿Sabías en cuánto tiempo podía esparcirse el gas? —preguntó Yordan.

—No, no lo sé.

—En ese caso, ya no podemos volver. Ellos morirán víctimas de la misma trampa que querían tender a los zamonitas.

—Oye, Yordan, ¿y qué haremos con el que llevamos a bordo?

—Lo presentaremos a la Confederación para que sepan quiénes son los habitantes de este planeta y contaremos todo lo sucedido. Una fuerza miliciana de la Confederación ocupará la colonia del planeta Priam donde está el zoo de Snock y luego llegará hasta el planeta Zamon para ver qué ha ocurrido al final.

Mientras Angela, Miklos, Yordan e Ivanka surcaban el espacio sideral con destino al planeta Tierra, en la colonia del planeta Zamon hombres y animales iban cayendo sin saber qué era lo que les atacaba.

El gas letal lo invadía todo. En unas cuantas horas, ningún animal quedaría vivo y los terrícolas no dejaban de ser animales, incluido el mismísimo y ambicioso Salomón Snock.

Con él morirían también los grandes monstruos carniceros que habían estado alimentando con seres humanos de Zamon.

Debido a que la cantidad de gas era limitada, pues sólo estaba destinada a una prueba, el resto de animales y seres humanos que estaban fuera de aquel valle ocupado por los invasores terrícolas, se salvarían. El gran genocidio se había evitado.

FIN



Lo más
escalofriante.
Lo más
insospechado.
Lo más
«insoportablemente»
atroz...

Selección 

en cada uno de cuyos números encontrará siempre los mejores relatos escritos por los más afamados expertos en el género.

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

Impreso en España

¡ASEGURE SU EJEMPLAR!